

Llena de *luna*

Verónica Granados A.



PROGRAMA
EDITORIAL
CHIHUAHUA

2023

Llena de luna

Verónica Granados A.



Colección
Con trayecto



Marco Antonio Bonilla Mendoza
Presidente Municipal de Chihuahua


María Fernanda Bencomo Arvizo
Directora del Instituto de Cultura del Municipio

Vocales Editorialistas

Gustavo Macedo Pérez
Victoria María Montemayor Galicia
Luis Fernando Rangel
Alfonso Omar Granillo
Claudia Kareli Reyes Castruita

Heber Mauricio Rivera Anguiano
Fomento a la lectura

José Santillanes
Programa Editorial

 **@somoscreatura**
Diseño y maquetación

Avenida Juárez y calle Sexta,
#601, C.P. 31000, colonia centro.
ISBN 978-607-59944-1-3



Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de esta obra por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, sin permiso previo por escrito del autor y del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua.

PRIMERA EDICIÓN / AÑO 2023



En la visión que hemos impulsado desde el Gobierno Municipal para hacer de Chihuahua Capital una ciudad más competitiva, la cultura es parte indispensable, al ser pilar fundamental de la sociedad.

A través del Programa Editorial de Chihuahua fortalecemos a las y los artistas locales. Nuestro compromiso es apoyar las expresiones artísticas del talento chihuahuense.

Ustedes son la razón por la cual la literatura chihuahuense florece y se expande. Es gracias también a su trabajo que motivamos a la comunidad a disfrutar de la lectura.

Soy un convencido de que la cultura literaria debe conservarse como un elemento básico en el pensamiento comunitario. La lectura empodera, nos abre las puertas hacia la reflexión, el conocimiento y la transformación de realidades. Un libro tiene el poder de abrir la mente, de explorar mundos imaginarios, de conectar con emociones profundas y ampliar perspectivas.

Las creaciones literarias que integran la edición del PECH 2023 ahora serán parte del acervo cultural de nuestro municipio. Sus letras trascenderán más allá de una manifestación artística escrita, ahora son huella de su espíritu y simbolizan su tránsito cultural en esta comunidad chihuahuense.

Así pues, con mucha emoción, presentamos la nueva entrega de este programa editorial, que se ha consolidado como un semillero y una plataforma para los guardianes de las letras. Que estos libros sean la inspiración para aquellos que sueñan con contar sus propias historias y dejar una huella en el mundo literario.

¡Enhorabuena!

Marco Antonio Bonilla Mendoza
Presidente Municipal de Chihuahua

En este año 2023, el Programa Editorial Chihuahua continúa posicionándose como una plataforma indispensable para todas y todos los autores de nuestro municipio. Las letras, vehículo innegable del pensamiento humano, nos ayudan a fomentar no solo el pensamiento crítico, sino que nos ayudan a expresarnos, formar comunidad, y entendernos como seres humanos.

Este año se publicaron 10 títulos de autoras y autores, tanto con trayectoria, como nuevas plumas, quienes indudablemente llevarán la literatura chihuahuense a nuevos puertos. Su poesía, su narrativa, su teatro, sus expresiones artísticas, fungirán como un faro para todas aquellas personas interesadas en encontrar su lugar, ya sea como lectoras o lectores, o bien como artistas de la palabra.

El Programa Editorial Chihuahua sigue siendo casa de grandes artistas, y seguirá siéndolo. Las puertas del PECH se abren nuevamente para recibir las ideas, las expresiones, y la reflexión que transforman al municipio de Chihuahua en un oasis de arte y cultura.

Me es muy grato presentar a ti lectora, a ti lector, este libro, y esta colección PECH 2023. Una colección que continúa manando de mentes creativas imparables que siguen deleitándonos con sus letras. Este libro es una prueba fehaciente de ello.

¡Enhorabuena!

María Fernanda Bencomo Arvizo

Directora del Instituto de Cultura del Municipio de Chihuahua

Llena de luna

Prefacio

Los relatos contados por mi abuelita Concha olían a tabaco, a café negro. Se sentían en el estómago como un nido de golondrinas en donde los polluelos abren el pico para recibir alimento. Tenían algarabía y silencio.

Hoy la recuerdo.

Este libro es una forma de saldar la deuda de su paciencia y el afán por llevarme a descubrir caminos de viento sobre los valles andados por personas desconocidas. Humanos, fantasmas, habitantes de países lejanos; montañas, flores cantoras, cuevas con todo el oro que podía haber en mi imaginación. Abuelita: tus cuentos fueron un semillero de sueños, ahora se convierten en palabras.

Entrego en esta obra un puñado de historias nacidas de esas simientes atrapadas en mi memoria y los recuerdos atesorados por siempre: ella, fumadora incansable, platicadora incontenible. Generosa. Quizá sin saberlo sembró en mí un campo completo de semillas resplandecientes, latentes en las remembranzas de mi pueblo. En sus paisajes y costumbres. En su gran luz.

Escribir es abrirnos, dejar al descubierto el brillo en los ojos al recordar los rostros amados; el desconcierto ante lo que no comprendemos, pero nos fascina. Los personajes son diversos: algunos caminan sin descanso y unos más, hablan desde un lugar en donde solo su voz llega hasta nosotros porque el cuerpo se les desvanece, se convierten en un relieve transparente. Pero las palabras los revelan. Me gustan estos personajes: indeterminados, ensimismados, atrapados en su interior como el aire en una vasija vacía. Los que se comunican sin mover los labios, aparentando desprenderse de los sueños. Los que se recuerdan a sí mismos y cuyos pensamientos van de un lado a otro en una aparente eternidad. Me agrada ir acompañada de ellos, una y otra vez, al lugar que amo y que, quizá, me ama: a los escenarios de mi infancia en donde todo era nuevo, asombroso, cuando el tiempo pasaba sin ser percibido.

Busco las palabras vueltas canto, ritmo, danza. Las que lleguen lento y deciden quedarse despiertas y mirar atentas los recovecos y laberintos de todo lo oculto detrás del día. Me asustan las imágenes desgarradas a las que les falta un lenguaje exacto para mostrarse.

Atesoro el albor, y la sombra vuelta asombro ante la primera mirada de un mundo que se lee con un alfabeto distinto. Lo que se dice o se calla, las ausencias y presencias, forman parte de esta obra.

En algunas páginas está el aroma de la tierra mojada, en otras, el miedo y la resignación ante lo inevitable. Historias vueltas sentencias en donde alguien se teje la vida atrapado en su propia pesadilla o en el sueño del otro que atisba el rostro insondable del espejo.

En la belleza de lo inexplicable, en las maravillas ocultas, nacen flores para quienes se atreven a observar con asombro el mundo. Un torbellino es la necesidad de una respuesta ante un ser que, igual a un muro de piedra, calla. Y aquí están las palabras. La letra y el sonido. El aliado perfecto para perderse y encontrarse. Para ver y cerrar los ojos ante la amenaza del tiempo, ante el olor a tabaco y café negro.

Llena de luna

Verónica Granados A.

Para mi abuelita Concha,
en donde quiera que se encuentre.

Atrapadas

Matiana enciende el fogón. Mira en la pared la silueta encorvada de su madre, observa su balanceo a uno y otro lado como si fuera un péndulo sin voluntad. La sombra se le deshace con los destellos de la lumbre para enseguida volver a tomar forma y desbaratarse de nuevo.

Le recuerda las danzas y la hoguera.

Eligia no la mira. Absorta, empuñando la piedrita agujerada que cuelga en un hilo de su cuello, oscila en su propio eje repitiéndose en la penumbra tiznada del muro.

Parece que algo hierve en la olla destapada: huele a humedad, a trapo viejo. Se escucha el tintineo del hierro, se balancea arriba de la lumbre; las llamas le aluzan el fondo pintado de hollín. Con el dedo índice Matiana escribe sobre el fuego una maldición para quienes las persiguieron hace algunas horas. Oye la voz de su madre, es apenas un murmullo.

—Matiana.

Apresurada, agita la palma de la mano como si borrara letras en el aire. El conjuro se deshace entre las cenizas.

—¿Qué quiere, madre?

—Agua. Dame agua.

—¿Agua? Aquí no hay.

—Dame un trozo de pan, siento la boca amarga.

Matiana observa el lugar, escudriña los rincones con el resplandor del fuego. Ladea el caldero, unas migas serían suficientes.

—Tampoco hay pan.

Se asoma por una rendija. Lleva el reflejo del fuego en las pupilas, pinta con ellas las lomas jorobadas de los cerros.

—Ya está anaranjado el horizonte. Espérese tantito, ya no tarda en llegar el día. En cuanto aclare saldremos y conseguiremos agua.

—Y en el caldero, ¿qué hay ahí?

—Solo tierra quemada.

—¿Tierra? Dame tierra.

Obedece. Arranca un terroncito de la pared, va hasta donde está su madre y se lo pone entre los dientes. Percibe el olor a tierra mojada cuando Eligia lo humedece con saliva.

—¿Y el gato, Matiana? ¿Dónde estará?

—Se ha de haber asustado al no encontrar la azotea. Seguro huyó, como nosotras. Quizá por otro rumbo. —Y repitió mentalmente la maldición que había escrito en el fuego.

—¿Lo ves? De algo ha servido todo esto. De no ser porque estábamos avisadas, ahí mismo nos destripan antes de hacer arder el jacal.

—¿A dónde iremos cuando amanezca, madre?

—A cualquier parte. Eso es lo de menos, lo importante es seguir respirando. Pero mueve las brasas, retira la ceniza, no las dejes apagar. Hace frío.

Sin parpadear, Eligia ve las hebras de humo que ennegrecen la pared. Coloca el rebozo en su espalda, se alisa el pelo encanecido detrás de las orejas, se tapa los brazos, se vuelve un ovillo.

Matiana se acerca de nuevo a la rendija, enseguida quita otro cacho de tierra y lo mete en su boca, lo saborea, aparta una piedrita con sus dedos para ponerla debajo de su lengua y escupe el resto. Atisba la distancia frunciendo el entrecejo. El holán de la blusa le palpita al ritmo del corazón atemorizado: el alba no está.

Se ha apagado.

—¡Otra vez es de noche!

Camina hacia atrás, respira con dificultad. Las manos le tiemblan en el pecho.

—¿Y el día? A lo mejor solo se te figuró que ya iba a amanecer.

—No, madre. Era la aurora acercándose, la vi. Estoy segura.

—Asómate otra vez.

—No veo bien. Tengo tierra en los ojos.

“Tierra en los ojos”, murmura varias veces. Mueve los pies para tocar el piso: hay raíces rotas. Quieta, con la respiración entrecortada, recuerda las últimas imágenes de su abuela: el hoyo oscuro en el que la sepultaron boca abajo y sin ataúd, la maraña de pelo negro perdiéndose en el ruido de la tierra sobre su espalda, el olor de la madrugada recién llovida. Recordó también los sueños en donde la veía escarbando la tierra para regresar a cumplir su promesa de enseñarle a adivinar los pensamientos y la vio hundirse más con cada intento.

Las palabras de su madre le sonaron huecas:

—Atiza la lumbre. Se está apagando. ¿Acaso no lo ves?

Como piedra hundiéndose en el lago, Matiana resbala hasta quedar sentada en el suelo. La poca luz del fuego le ilumina la mitad de la cara, el cabello alborotado. Afuera está el bosque oscurecido. En las ramas reposan los pájaros dormidos y los que velan, su aleteo oscuro. Lejos están los cerros dando vueltas junto con el mundo buscando al sol.

Ella tiene en la memoria la llanura verde, el jacal con olor a barro recién regado, los bordes lavados del pozo. La habitación de trabajo: las veladoras, las hierbas quemadas, el agua sagrada,

la sal de grano, las tres cartas del Tarot. El niño muerto.

Como un ramalazo en el cuerpo, la sobresalta el recuerdo de las teas encendidas entre los árboles, el griterío de los hombres, sus perros rabiosos. Los palos y las piedras.

—Sóplale a la lumbre. Haz que arda. El gato podrá oler la leña abrasada y vendrá hasta aquí.

—¡Nos alcanzaron, madre!

De la última brasa escapa una llamita anaranjada, tiembla por un momento para después volverse más pequeña hasta extinguirse entre los rescoldos.

—También hay tierra en mis ojos, Matiana.

—¡Nos sepultaron boca abajo como lo hicieron con la abuela Virginia! ¡No podremos salir de aquí!

Antes de hablar, Eligia guarda una pausa larga. Busca el hilo en su cuello.

—Era de esperarse, Matiana. Era de esperarse.

Eligia acecha con su ojo izquierdo a través del agujero de la piedra. Alcanza a ver a los hombres cuando se alejan luego de apisonar la tierra que les echaron encima, y el destello de la flama exhalando en la orilla de un tizón.

Matiana se acurruca sobre las rodillas. Saca de debajo de la lengua la piedrita que podría evitar el castigo, la deja caer, le rebota en el pie antes de terminar en el suelo. Eligia se acomoda el rebozo y, callada, teje y desteje su trenza sin parar.

Hija de la jarilla

—¿Qué tanto me miras?

—Nada. Solo quería verte los ojos.

—Pues ya me los viste, ¡ahora vetel!

Dejo de mirarla por un rato, pero no sé por qué, enseguida me dan ganas de volver a verla.

—¿Qué? ¿Qué quieres? ¿Otra vez con lo mismo?

—Julia, dime, ¿cómo nací?

—Tú no naciste, Sarita, creciste en medio de una jarilla en la orilla de mi patio, ya te lo he dicho muchas veces.

—Pero, ¿no tengo padres? ¿Estás segura? Quizá me estén buscando por todas partes sin encontrarme.

—¡Deja ya en paz esas ilusiones! Lo único que vas a sacar en claro al estar pregunte y pregunte es que ya no voy a tener ganas de cuidarte.

Me mira y vuelvo a ver sus ojos. ¡Son tan oscuros!

Una gallina entra hasta la cocina, brinca a la silla y se sube a la mesa a picotear una tortilla. Julia, sin más ni más la agarra de las alas con coraje y de un solo tirón le arranca la cabeza, se queda con ella en la mano y con la otra, avienta el cuerpo de la gallina hacia afuera. Ciega, muda, la gallina da vueltas, camina con torpeza dejando un reguero de sangre en la tierra. Julia se voltea para moler el nixtamal y ni siquiera se entera de que la gallina anda dando volteretas como alguien a quien de repente le hubieran arrancado la mitad de la vida. Voy con ella, la atrapo. Dibujo con mis dedos una cruz en el suelo y la pongo

encima para que termine de morirse. Patalea como si necesitara salir a la carrera a buscar lo que se le ha perdido, pero la sostengo con fuerza, ya no puede ir a ninguna parte. En un ratito se pone quieta y entonces me doy cuenta de que por fin ha muerto. Apenas hace unos minutos estaba tan viva, picoteando encima de la mesa y ahora...

—La gallina ya se murió, Julia —le digo sin entrar a la cocina, estirando mi pescuezo por el filo del marco de la puerta. Julia no contesta. Carga de un lado para el otro su cara dura y redonda como molcajete. Me escucha, lo sé, pero no le da la gana decirme cualquier cosa.

Levanto a la gallina. Sus plumas están húmedas y pegajosas como si acabara de brotar de la tierra. Le amarro las patas con un mecate y la cuelgo en el poste del cerco. Su sangre gotea en la tierra haciendo un charquito brillante. Los perros llegan para bebérselo, se pintan el hocico de rojo, las gotas les salpican la cabeza. Más tarde, las moscas les revolotearán encima, no los dejarán en paz, pero allá ellos.

—Julia, ya colgué la gallina del poste, se le está escurriendo la sangre. Julia...

Ella sigue sin hablarme, siempre pasa igual cuando se molesta.

—Buenos días, Sarita —me dice don Noé.

Lo veo acercándose al otro lado del cerco. Trae puesto un mandil limpio, tan blanco como harina cruda, y su sombrero, viejo y ladeado, como si estuviera a punto de caérsele.

—¡Vaya! ¡Hoy comerán caldo de gallina! —grita, sonriente.

Enfrente de los manubrios de su bicicleta carga la caja llena con pan. Saca uno y me hace señas con la mano. Sin pensarlo dos veces, me arrimo. Me gusta este pan y tengo la gran suerte de caerle bien. A veces dice que soy bonita y que tengo una sonrisa capaz de voltear al mundo al revés.

—¿Y Julia? —me pregunta bajando la voz, como si fuéramos cómplices de algo. Yo le hago señas con la cabeza y con los ojos para enterarlo de que está en la cocina y de que, otra vez, está enojada.

Se retira enseguida.

—El paaaaaaan —pregona, y parece que canta. Se aleja rápidamente por la calle y las gentes se asoman por las ventanas.

Julia escucha el pregón de Don Noé y avienta la cabeza de la gallina hacia el patio. Los perros se acercan para atraparla, uno la toma por el pico, el otro por la cresta y se pelean por ella. Después se van persiguiendo entre ellos y ya no alcanzo a verlos.

Si Julia fuera mala, no me diría que broté de una jarilla, me diría, tal vez, que me escapé de una jaula o que salí del lodazal, pero no. Las ramas de la jarilla son fuertes como el regazo de Julia, tibias como hechas de sol. Quizá no sea tan malo ser una flor.

Ya pasaron dos días y la gallina sigue colgada en el poste. Julia no quiso cocinarla a pesar de mi insistencia. Las moscas rezumban cerca de sus plumas. Julia no me ha hablado, parece arrepentida de haberme aceptado en su casa, de cuidarme, de haberse quedado a lavar mis pañales cuando sus amigas se iban

a las fiestas. Estoy sentada aquí, en el partidero de la leña desde entonces. Solo me he levantado de vez en cuando. Voy y me como dos o tres tunas, tomo agua del pozo y enseguida vuelvo hasta aquí. No me atrevo a entrar a la casa. Creo que Julia ahora me quiere menos. No me llama para ir a comer, no me manda a lavarme las manos o a cepillarme el cabello. No dice nada. Me ha dejado dormir aquí, afuera. No sé qué hacer ni tengo a dónde ir. En ocasiones se ha asomado por la ventana, quizá le preocupa que me vaya a alguna parte. El sol está bravo, pero yo tengo frío.

—¿Qué pasa, Julia? ¿Por qué lloras? ¿Acaso la gallina ya no sirve para hacer caldo? Lo imaginé. Pero ya no me atreví a decírtelo. Sé que estás molesta, pero no llores. Eso me asusta.

Julia se levanta y regresa con tres botellas llenas de agua caliente para colocarlas entre las mantas.

—Sarita, te contaré cómo naciste, pero no te vayas. Por favor no te vayas.

—¿A dónde iría, Julia?

—A ningún lado te vayas. Quédate aquí, conmigo.

—¿En verdad, Julia? ¿Me dirás quiénes son mis padres? De seguro mi madre tiene los ojos grandes y unas trenzas largas hasta la cintura. ¿Y mi padre? ¿Qué va! Él ha de ser un muy buen mozo. ¿No es cierto, Julia?

—Sarita, escucha: una mañana salí al patio y escuché un llanto. Me acerqué a la barda y ahí estabas. Tenías puesta una chambrita tan amarilla como las flores recién despiertas, aferradas a las ramas de la jarilla. Tú eras una florecita más. Solo eso. No puedo mentirte. No sé quiénes son tus padres.

—Tengo mucho frío, Julia. Por favor, tápame, otra cobija. Julia, no puede ser posible, mi madre no puede ser una jarilla —le digo angustiada—. Soy una persona, como tú.

—No sé, Sarita. En verdad no lo sé.

—Por favor, Julia. Ayúdame a buscarlos. No estoy completa. Algo muy grande me falta. No puedo conformarme con saber que soy una flor amarilla. Ayúdame a encontrarlos, quizá ellos son quienes están perdidos.

La tierra que soy se estruja con fuerza adentro de mi cuerpo. Como si buscara con desespero una respuesta para completarme.

Ya no hay remedio.

Julia me toma por los brazos, me aferra a su pecho. Me alisa el cabello. Llora. Como entre sueños, veo cómo dibuja con su mano una cruz encima de la sábana.

Espejos

Sobre la cera derretida, la llama descubre con sus dedos de lumbre los bordes de una grieta en la pared. Igual al eco de la piedra desvaneciéndose en las ondas del agua, mi cara oscila en el espejo. Me acerco más para mirarme los ojos.

Son líquidos.

Al fondo de la habitación, la silueta de ella permanece inmóvil, atada a la penumbra. Después atiza el fogón. Las chispas del brasero se apagan con su resuello. Lleva hacia mí su mirada ausente.

—¿Qué buscas en el espejo?

—Nada, solo miro.

Se envuelve en su abrigo, arrastra los pasos hacia la ventana. Con el cabello abrochado, la silueta de su cabeza se recorta a la luz de la vela.

—Este rostro no es el mío.

—¿De quién, si no?

—De otro, tal vez. De alguien que existe más allá del reflejo.

Ella voltea hacia mí, me observa por un momento.

—Eres el mismo de siempre —dice. Enseguida guarda silencio y vuelve a mirar la noche.

—No es el mío. No es el que tengo —insisto, sin dejar de mirar el fondo del espejo. El ritmo de mi corazón va haciendo escalas. Ella murmura algunas palabras.

—¿Qué dices? —le pregunto sin voltear a verla, y como pájaro mi atención vuela de mis ojos para posarse en mis oídos; espero escuchar con claridad sus palabras. Se calla un instante, luego balbucea.

—El silencio. Ha de ser la cara del silencio. La nuestra se nos borra cuando soñamos.

En la superficie lisa, el ojo del espejo me vigila. Traspaso el límite de su vacío tratando de reconocer ese rostro asomado desde la negrura. Me doy la vuelta, él me copia la espalda. Voy hacia donde está ella, estatua de sombras.

Le escucho el suspiro; luego, la voz le suena como una cuerda desafinada.

—Los grillos enmudecieron.

—Eso no importa.

—Importa —dice, y los ojos se le inundan.

—El espejo nos espía, nos roba la mirada —le digo en secreto sin hacer caso de su sollozo.

—Sí, también los sonidos —responde. Se aleja para ir a tocarlo con sus dedos helados.

—¡Déjalo! Está hueco o demasiado hondo. ¡Es una pesadilla!

Ella le retira sus manos, el espejo las duplica. Con paso sigiloso viene hacia mí, se recarga en mi hombro.

—Tiene su propia cara —le murmuro al oído y percibo su sobresalto—. Tal vez sea solo una sombra —agrego, tratando de disipar su miedo.

Ella se tranquiliza entre mi abrazo. La breve luminosidad de la lumbre me permite atisbar la mueca del rostro que nos observa. Después, el espejo vuelve a su misterio.

Llueve. Escuchamos el chasquido de las gotas en la banquetta. El ojo abierto de la luna vela al silencio. Como cera derretida, la noche se extiende, abraza la grieta del cielo alumbrada por el relámpago. Enseguida, el estruendo del rayo cimbra la quietud. Más allá, donde el rumor de la hierba se vuelve sobresalto, mirando su reflejo, la rama, tiembla en la orilla del agua.

El pan

Lo sepultaron muy de mañana, cuando apenas el sol despertaba y la neblina aún temblaba de frío entre las enaguas del cerro. Caminaron detrás de la carreta, en silencio, como si temieran ver en algún momento a don Reynaldo interrumpir su sueño y abrir la boca para pedir su bicicleta.

En la tierra del panteón se dibujaron las huellas de quienes lo acompañaron hasta la fosa, en donde algún día también su recuerdo se volvería polvo.

El tendero permaneció en silencio hasta el final. Simuló quitar las hierbas secas de alrededor de la tumba. Acomodó una y otra vez la cruz de madera y raspó con la uña de su pulgar derecho la pintura escurrida de la fecha de nacimiento. Esperaba quedarse solo para despedirse del muerto, lejos de miradas y oídos indiscretos.

Cuando todos se fueron, sacó un pan dulce del bolsillo oculto de su chamarra y lo puso encima de la tumba, a un lado de las flores moradas y amarillas. Con un gesto de bondad en la cara, le agradeció la amabilidad de su saludo, la bienvenida que, sin conocerlo, le dio el día de su llegada al pueblo, cuando caminaba detrás de su madre y su nuevo padrastro. Recordó la calle principal del pueblo: le parecía interminable porque iba contando los pasos. Avanzaba con la cabeza agachada para no mirar hacia los lados y evitar así sentir el miedo que desde siempre le tenía a los lugares desconocidos. Pero escuchó una voz:

—¡Hey, niño!

Volteó, y por primera vez lo vio montado en su bicicleta: tenía la mirada viva y aún su sombrero no estaba lleno de agujeros como si lo acabara de azotar el granizo. Él no sabía si corresponder el saludo. Su madre siempre insistía: “cuídate de la gente extraña, no hables con desconocidos”. Vio a su madre embelesada, en sus ojos solo cabía la imagen de su nuevo esposo, a él, no lo miraba. Sin permiso, giró la cabeza y extendió la mano. Enseguida, el viento le trajo el olor del pan recién horneado.

Las abejas zumbaron encima de las flores e interrumpieron sus remembranzas.

—Por eso, don Reynaldo, aquí le traigo el pan de todos los días.

Volvió a agradecerle, porque con su saludo le dejó una semillita de esperanza que, de inmediato, empezó a germinar haciéndole cosquillas en el corazón.

Después de los recuerdos y los agradecimientos, se despidió para siempre. Enseguida, con paso presuroso, se fue para llegar a tiempo y abrir su tienda.

La neblina se deshizo y dejó regado el rocío sobre la hierba. Las hormigas escalaron los vericuetos de su hormiguero y salieron a la luz del día para iniciar su jornada. Como si hubieran presentido el milagro de este gran día, se dirigieron en fila hasta la tumba de don Reynaldo, rodearon la tierra revuelta y ascendieron por el montículo hasta llegar al pan. Enseguida, filas y filas de hormigas aparecieron rodeando piedras, hojas secas, plumas de pájaros que ya no existen. Entraron por los poros leudados, maravilladas descubrieron un laberinto esponjoso nunca antes visto, o al menos, no lo recordaban.

Se dieron un festín.

Dormitaron en el vientre azucarado y volvieron a comer hasta saciarse.

Al final decidieron llevarse los restos, guardarlos para más tarde, para repetir el banquete, quizá deseando que fuera tan eterno como el sueño de quienes moraban dormidos en las tumbas. Movieron sus antenas y enseguida, como un gran ejército colorado, se introdujeron en la base de los restos del pan y unieron fuerzas para cargarlo hasta la orilla del hormiguero.

El movimiento de la pieza atrajo la atención del pájaro soñoliento. Aún con las plumas entumidas, parpadeaba para deshacerse de los restos de la humedad de la neblina. La mañana desteñida por los últimos hilos de la madrugada, permanecía callada. Graznó el pájaro, y con su ruido, dejó una herida abierta en la frente helada de la mañana.

Hizo tambalear la rama. Se estiró en el viento, mostró el negror de sus plumas. Crecía su sombra por encima de la tierra apisonada del cementerio. Dibujó entre las cruces la punta de un pico torvo y hambriento. Siguió en un vuelo deleitoso a la promesa de un buen desayuno: ya no era un pan completo, pero seguro sería suficiente. El pan, frágil como un vaso de cristal: pan de panza inflada, patas de hormiga, parecía moverse hacia el hormiguero por voluntad propia, ajeno a las intenciones del pájaro. Éste dio varias vueltas por encima de él como si lo cortajara: danzando, haciendo aspavientos con las plumas, acercándose para enseguida alejarse y volver a dibujar un círculo alrededor de la pieza carcomida. Después, de un solo golpe clavó el pico en una orilla y desmoronó el sueño imposible de las hormigas.

Los trozos se dispersaron.

El minúsculo ejército se reorganizó de inmediato: las hormigas más avisadas reaccionaron primero, cargaron en su espalda los pedazos, apresurándose. Algunas otras, adormiladas por el recuerdo del festín, se dispersaron para enseguida cambiar el rumbo y regresar a donde los pedazos se desparramaban.

El pájaro bajaba una y otra vez para seguir atragantándose con las migajas. Y las hormigas dando batalla, perdiendo la fila, haciendo remolinos, atropellándose entre sí, volvían a recoger los trozos que, cada vez más pequeños, eran más fáciles de transportar. Pero los restos se volvieron polvo y el pájaro ya no pudo verlos, solo los soplabá con las alas, alejándolos cada vez más al hormiguero.

El tendero, recargado sobre el mostrador de su tienda de abarrotes, ajeno a la suerte del pan, imaginaba a don Reynaldo saboreándolo en el más allá.

La mujer de los sueños

En el tiempo cuando el misterio hablaba en voz alta, escuchó las palabras. Fueron pronunciadas por un coro, formando una frase larga como un velo infinito:

—Mujer, tú eres Datura, la que sueña y la que hace soñar.

Cerró los ojos y siguió despierta.

Era semilla.

Su cuerpo, un fruto de piel morena.

Con el silencio rozándole el alma, con los pies tocando el suelo, salió al patio. Ahí estaba todavía el vuelo del pájaro oscureciendo el agua del cántaro, hundida la sombra de alas abiertas en el ondear líquido y el viento silbante rajándose en el filo del barro.

En la tierra miró su silueta. De su cabello le pendían ramas y capullos redondos, salpicados de espinas blandas. Tomó su escoba, limpió el camino por donde los sueños pasarían esparciendo su magia. El sol llegó tarde, la encontró al pie del sendero.

Reventó agosto. Se partió el cielo.

Un rayo, como una espada, clavó su punta afilada en el centro de la nube y su agua cayó sobre los techos haciendo ruidos de cascada interminable. Ligero, el paso del día, dejó tras de sí un reguero de oscuridad.

Entonces apareció la luna.

En un bostezo, entre su pelo enramado, nació una flor blanca, inclinada. Luego otra y muchas más. A ella se le desdoblaron los sueños —miradas ocultas escudriñando paisajes entre las volutas

de la realidad, traspasaban la grieta por donde el tiempo no tiene ser ni rostro—, se le quedaron al descubierto para andar por las calles a pleno día. Los otros, pisándole las huellas, guiados por el ruido de su andar y el aroma prodigioso de sus flores, se embriagaban de sueños lúcidos, de pesadillas tan reales que casi podían tocarlas. La seguían para curarse los dolores del cuerpo y del alma, espantar sus demonios, reconstruir sus adentros. Y desde su centro, salían. Y desde afuera, permanecían dentro.

Sueños enfrente de otros sueños: anulación de mundos.

Desnuda del cuerpo, vestida del alma con paisajes invisibles, empoderada con espíritu invencible, arrastró por las veredas su cabellera repleta de flores blancas, igual a una mujer que porta un largo velo de novia y camina hacia el altar.

Los otros la miraron irse, algunos de sus hilos se fueron con ella.

En cada palmo de los senderos borrados por el paso de los días, escuchó las voces de quienes primero emprendieron el viaje circular. Caminó hasta que las flores de su cabello, hechas polvo, se desprendieron, y las simientes se esparcieron por la sagrada tierra de México en donde sólo algunos han sabido reconocerlas.

Ellos: los curanderos que han aprendido el misterioso lenguaje de las hierbas y flores, de los salmos y tonos en que habla la luna en cada una de sus noches, en sus rituales cantan a “...*la que hace dormir y soñar. La que excita. La que da alegría. La que cura o agrava el mal de amores. La que envenena y mata. La que quita el dolor...*”. Con su frente en reverencia invocan la magia de la mujer de cabellos de toloache. Y ella danza enfrente de sus ojos, les mira el alma y en su regazo los hace soñar.

Las que alimentan

Andamos de un lado a otro, soplados por el mismo viento. Las mujeres no quisieron venir con nosotros. La boca se les movía a todas al mismo tiempo, cada una tenía sus razones, ninguna de ellas sabía explicarlas con claridad para poder entenderlas. Al final, escuchamos a la mujer de mero enfrente diciendo:

—Ese no es el rumbo.

Enseguida guardaron silencio, nos miraron, se despidieron de nuestra necesidad para después tomar con fuerza su cayado y sus hijos y marcar las huellas de los pies en el camino.

Nosotros avanzamos para el otro lado, no deseábamos escucharlas de nuevo hablando como si supieran lo que dicen. Les pedíamos su ayuda, es cierto, para enrollar esta frazada de viento que pasa pelando la tierra, haciéndola polvo, llevándola y trayéndola igual a una hilacha sin voluntad. Cambiando de lugar al mundo. Las necesitábamos cerca para alimentarnos, para verlas meneando el cucharón de madera en el caldero hasta volver alimento cualquier hierba. Pero no quisieron quedarse. Prefirieron irse por su propio lado, como si el mundo pudiera partirse en dos y repartir un pedazo para ellas y el otro para nosotros.

Al principio hubiéramos querido ir detrás de su marcha. Olvidarnos de que éramos los que mandan, los que dicen: esto se hace así y eso así. Y volvernos como niños para curarnos en su regazo, ampararnos debajo de sus oraciones y sus remedios. Pero no tuvimos el valor. ¿Qué íbamos a saber entonces de todo esto?

El viento no se acaba. No tiene una orilla para agarrarla y decirle: “ya estate quieto”. A veces nos trae pedazos de voces, las últimas sílabas de los cantos de ellas. Y las imaginamos danzando alrededor de la hoguera, sin viento que las apague, sin manos que las apuren. Quisiéramos estar ahí para dormir tranquilos, para quitarnos este cansancio.

Nunca hemos sabido cómo ellas se pusieron de acuerdo. Si ni parecían pensar. Sólo se miraban unas a otras y reían. Pero tenían un lenguaje y nosotros no lo entendimos, lo inventaron ellas mismas con colores, con sonidos y piedritas.

El viento se levanta de pronto alzando al vuelo cualquier cosa. Nos empuja a ratos, nos arrastra, a veces. Y nosotros, empecinados en llegar hasta su casa para tumbarle la puerta, decirle que se calme su enojo porque es imposible vivir mientras él no desista de su empeño de ahogarnos con su fuerza. Buscamos apalabrar un trato que a todos nos convenga.

Quizá en algún momento se cansará de molernos. Pero no parece entender, se ha llevado hasta el día, extendiendo la tarde parda. Y ya no tenemos los reniegos de ellas, ni su mente atravesando las cosas para encontrar la punta del hilo de donde brotan las razones. Volteamos a vernos y en la garganta no tenemos ni un chorrito de saliva para hablarnos. Todo se ve tan oscuro a lo lejos, todo tan sin remedio.

Ya son tantos días navegando con esta marcha. No hemos dado con el escondite del viento, con sus raíces de remolino.

Ahora creemos: este viento nace del mismito infierno. El sendero se ha vuelto estrecho de tanto andarlo y andarlo, dando vueltas al mismo terreno hasta sentirlo conocido. No encontramos su misterio.

Estamos hechos sombra, tenemos los oídos aturdidos, llenos de esa cosa que no es nada sonando igual a un soplido en la orilla del carrizo. Estamos hambrientos. Y entonces, nos acordamos de sus palabras. Pero ya no escuchamos sus cantos, solo se nos arriman los recuerdos.

A ellas, que eran de agua, se las ha de haber bebido el aire. A nosotros, de barro, nos ha comido el viento.

Ena

La cara de Ena cortaba el viento. Era afilada como un hacha. Cuando entró a nuestra casa pensé: “no ha llegado del mar como dijo mi madre. No tiene en la piel el color tostado de los otros, de los que, a fuerza de caminar en la línea espumosa en donde se acaba la arena y comienza el agua salada, terminan con el cuerpo moreno”. Más bien, Ena parecía haber estado guardada en un velís por largo tiempo.

Avanzaba lento sin ocuparse de los charcos en donde se le hundían los pies. Bajo la tormenta, cruzó la calle y tocó a nuestra puerta. Ya la esperábamos. La observé desde la ventana: era una marioneta movida por los hilos de la lluvia.

Entró a nuestra casa hecha un trapo mojado, percutido. Mi madre recibió a su amiga con un abrazo, esbozó una sonrisa. Le dio una toalla, le ayudó a secarse el cabello. Después tomaron té y entre ellas hablaron en murmullos.

Ena parecía tener un peso muy grande encima de los párpados, obligándolos a permanecer bajos, sedientos de suelo o de camino.

Su pupila era ajena a lo que le rodeaba, incluyéndome. Yo la miraba desde la habitación contigua. Era como si ella hubiera escapado de un mal sueño. Nunca me ha gustado la gente nueva ni la extraña, porque la incertidumbre me punza en el estómago. Siento temor de las cosas que cargan: días nunca antes vistos, pájaros que tal vez no cantan. No me gusta la gente de lejos porque trae en los pies tierra de lugares desconocidos. Recuerdos de cosas perdidas. Polvos de llanos y de montañas que solo pueden imaginarse o ser soñados. No me gustaba la presencia de Ena.

Mi madre la acompañó hasta la recámara en donde podría descansar de su viaje. En muchos días no volví a verla afuera de su habitación. Permanecía en el cuarto atada a no sé qué temores o recuerdos; casi siempre recostada, mirando al techo, para después, doblarse como una rama encima de la colcha. Yo la espiaba por la rendija de la puerta entreabierta. Nunca la escuché sollozar. Tal vez estaba seca de llanto, vacía de presente.

Permanecía con la luz apagada. El aire entraba a escondidas por la orilla de las cortinas, desmoronándose con un choque frontal en el filo de la nariz de Ena y de sus labios delgados para salir después hecho pedacitos, empapados, algunos, de aroma marino. Yo entraba sigilosa a su habitación para llevarle el plato con sopa preparado por mi madre. Se lo dejaba en la mesita. Ena tenía la lejanía empantanada en la mirada, los pies huesudos, las manos perdidas buscando rumbos en los pliegues de las sábanas.

Sentía curiosidad por el océano que traía atrapado adentro, haciéndola jirones con sus olas encrespadas, con el golpetear de rocas en su pecho.

Sin esperarlo, una mañana la vi salir de su habitación. Llevaba el pelo trenzado, escondida una lucecita en las pupilas, brillándole con el reflejo de la claridad filtrada por las cortinas. Pensé que sus ojos habían encontrado al fin una salida y que su nostalgia nació echando una gran flor en su barriga. Enseguida salió al jardín. El sol se mecía colgado detrás de unos nubarrones blancos. Me fui acercando hasta donde estaba ella cubriéndome la cabeza con la sombra del manzano. Ena se dio cuenta. Me dejó en la cara una mirada larga, como si atravesara todo el tiempo acumulado por mis años antes de poder tocarme con

los ojos. Sonrió. Me hizo una seña con la mano invitándome a acercarme. Fui a sentarme a su costado. En silencio estuve ahí, leyendo las historias contadas por las nubes, con sus tachones y formas desvaneciéndose cuando las veía por mucho rato.

—Soy un tambor —dijo de pronto.

Con sus dedos de rama seca empezó a dar golpecitos muy suaves en su vientre. Reímos. Y ella siguió haciendo sonar su barriga dulcemente hasta terminar acariciando su esperanza.

Ena me contó del agua azul y de la verde abrazada por orillas de arena; de peces enfurecidos inflándose como globos. También de plantas acuáticas dormidas durante toda su vida siendo alimentadas por el océano. Con palabras me pintó todos los colores entremezclándolos unos con otros, formando con ellos paisajes mojados con agua y sal. Supe que Ena soñaba con el mar todos los días, aún con los ojos despiertos. Que anhelaba el aroma de las olas quemadas por el sol del mediodía. Y deseaba regresar al lugar de donde vino para dibujar un camino con sus pies desde la playa hasta el abrazo del mar profundo. Envolverse en su sábana líquida. Dormir arrullada por el juego en espiral de los peces. Llegar hasta el camino en donde crecen las vueltas, los regresos, las huidas. Y donde nacen nuevas todas las desgarraduras del alma hecha añicos.

Lo comprendí al fin: Ena tenía sembrada una tristeza adentro, una nostalgia honda como un abismo en donde caían, uno a uno sus recuerdos, haciendo el mismo ruido profundo de la lluvia en el pozo. No pude saber qué viento le trajo esa semilla. Tampoco si germinó cuando tenía los ojos dormidos o despiertos. Ella no

venía de un sueño desconocido, sino de un lugar en donde yo podría ser la gente extraña que llega, alguna vez, de lejos.

A partir de ese día, muchas veces platicamos. Me gustaron sus historias, me dolían sus silencios.

—¿Cómo es tu tristeza? —le pregunté una tarde—. ¿Acaso es como una astilla?

Miró la distancia y guardó silencio. Yo tenía ganas de ponerme de pie, de pedir disculpas por mi atrevimiento, de ir corriendo a la cocina a refugiarme en el abrazo curador de mi madre. Pero estuve ahí, a su lado, apretando la boca, aleteando la mirada en el vuelo de los insectos.

—No —dijo al fin, frotándose el vientre abultado como si lo lavara—. Es distinta.

Puso sus ojos en el pasto. No era una semilla su tristeza, tampoco una astilla. Tenía la forma de una melancolía vieja.

Le ayudé a ponerse de pie. La acompañé hasta la cocina en donde mi madre preparaba jamoncillos de leche.

Justo cuando creí que Ena había revivido —a juzgar por sus mejillas sonrosadas— y había caído en el olvido su capa salada, su piel pálida y se habría alejado para siempre de su boca el deseo de morder cangrejos, se abrió de pronto como un capullo desgarrándose desde el centro. No hubo tiempo de llevarla al hospital, el médico acudió a la casa. Un río oscuro encharcó las sábanas.

Otra vez Ena se encerró en la habitación. Cuando entré, pensé que su tristeza se había ido para siempre, desvanecida entre los gemidos dolorosos escurridos en la ventana la otra tarde. Se-

guramente quedó sepultada en el jardín, junto al bulto pequeño de su hijo envuelto en una manta. Pero le vi los ojos más hondos que antes. Tenía el pelo enredado cubriéndole los hombros y la vida se le escapaba en el suspiro; parecía rezar en silencio con una voz temerosa.

—Anoche soñé que corría con la boca llena de espejos rotos —le escuché decir.

Sin levantar la mirada trezaba murmullos como si le estuviera hablando a su sombra. Su voz se fue apagando hasta llegar a ser solo un pálido movimiento en sus labios. No pude saber si espigaba palabras o visiones. No eran ojos los suyos, sino alas volcándose hacia adentro, revoloteando en los resquicios de su propia oscuridad; palomillas grises acechando en círculos la poca luz que le restaba. Salí.

El sol, casi apagado por la tarde, evitaba la ventana de la habitación en donde Ena se oscurecía sin remedio.

Volvió a la cocina después de dos semanas. Traía en la cara el mismo color del día en que vino a nuestra casa. La misma maleta en la misma mano. Y la mirada de alguien que ha visto de frente a la muerte y ha sentido en las plantas sus parajes desolados. Se despidió y salió a la calle. La acompañó su paso soterrado de sombras.

La imaginé regresando a su puerto para lavarse los pies en la espuma, olvidando este viaje en donde no encontró consuelo.

Miro por la ventana. El aire baila entre las hojas sueltas, corre detrás de ellas para borrar los rasguños del camino. Quizás Ena esté en el mar envolviéndose en sus olas, lavando su tristeza.

Los rosarios de mayo

Me gusta mayo, el sonar de su campana repicando en la iglesia del pueblo, porque el badajo que traigo adentro del pecho me retumba al mismo ritmo y es como si alguien me llamara por mi nombre, como si debiera ir rápido a alguna parte.

Antes del rosario, a los niños más grandes nos dejan hacer el llamado. Jalar la cuerda, sentirla vibrar, y mirar cómo la campana se balancea estallando en chispas de ruido. Eso me llena de alegría, me hace sentir poderoso y me imagino llamando a un gran ejército para pelear batallas imposibles, donde siempre ganamos.

Adentro, la iglesia huele a flores.

De camino, corté unos rosales amarillos del jardín de doña Elena y envolví los tallos en un cartón para evitar pincharme las manos. Se molestó, pero se quedó conforme cuando le expliqué que eran para el ofrecimiento de flores a la Virgen. Ella también sabe que los rosarios de mayo empiezan hoy.

Voy de prisa siguiendo el camino de sonidos que la campana dibuja en el aire y llego hasta el lugar en donde el metal quejumbroso se balancea, rayando al viento en su perezoso ir y venir. Llego corriendo y me coloco en la fila a esperar mi turno. Jalo la cuerda con todas mis fuerzas y en la tierra dejo dibujadas las suelas de mis zapatos, encima de las huellas de los demás.

Las mujeres y los niños más pequeños se arremolinan en la puerta.

Entramos a la iglesia. Nos formamos en el centro haciendo

una línea larga, casi hasta afuera. En el primer Misterio pongo todos los rosales de un solo tajo a los pies del altar de la Virgen. Me persigno y me escabullo entre las hojas y los tallos regados en el piso. Me alejo poco a poco hasta llegar a la puerta aprovechando el alboroto de los demás niños al hacer de nuevo la fila, cada uno sosteniendo sus flores, formando entre todos un manojito apretujado.

Salgo y voy a donde está la campana, la miro desde abajo y doy vueltas hasta marearme, mirándola en silencio. Entre tanto, los rezos avanzan.

A un lado, el arroyo pasa sin hacer ruido. En abril llovió y se hizo revuelto, creció de agua y de lodo. Pasaron unos días y otra vez empezó a correr y ahora está claro, deja ver las piedras del fondo. Disfruto caminar por la corriente, siento mis pies como si entraran en un mundo distinto y asusto a los peces para mirarlos huir tratando de esconderse entre las sombras del agua. Una tortuga en la orilla se atraviesa en mi camino, lenta, solitaria, tan fácilmente confundible con un montoncito de tierra, que preciso caminar despacio para no lastimarla.

Brinca el agua cuando lanzo piedras y se desprende su cáscara de gotas. Círculos cristalinos se la tragan completa y el arroyo sigue su rumbo, y yo también.

Ramiro me mira desde lo alto del sauce llorón que se agranda de ramas y de nidos en la orilla del agua. Cuando sabe que lo veo, de un brinco se baja y deja temblando el árbol. Me saluda sin palabras, solo con un movimiento de su cabeza. Desde lejos, desde la tarde nublada, se riega el aroma de la manzanilla fresca, de la tierra lavada y hojas de sauce.

Respiro hondo. Mi mirada se pasea en la última máquina del tren que cruza como una flecha roja y verde entre las vías y el cielo.

Yo lo sé, Ramiro está allí para ver a Flor cuando salga del rosario, pensando en poder mirarla un poco más de cerca y sentir cómo ella lo mira igual. No me río de él, porque es mi amigo.

Los dos agarramos piedras, y lanzándolas lejos, empezamos una competencia en silencio, solo con miradas y sonrisas. Algún grito ahogado se escucha cuando sus piedras o las mías llegan más lejos. Los pies de Ramiro se mojan en la corriente y los dedos se le llenan de lama. Él trata de retirársela restregándolos en la arena, sin conseguirlo. No aguantamos la risa y las carcajadas se nos vuelan de la boca como pájaros o mariposas.

A Ramiro siempre le ha gustado Flor. Lo supe desde el primer día que entramos a la secundaria, porque lo sorprendí muy quieto mirándola fijamente cuando ella caminaba sola, cerca del jardín de la biblioteca. Aunque no es la niña más bonita de la clase, a él le parece un ángel. La cara se le alegra al poder verla en el salón o a través de la ventana en la hora del recreo. A veces Ramiro se encamina al bebedero y hace como que toma agua, pero es solo para mojarse las manos y alisarse el pelo esponjado detrás de las orejas, y enseguida pasa por donde está ella y las rodillas le tiemblan. Después la mira como si fuera un dulce de los que no te alcanza para comprarlo.

Algunos cantos salen del templo de vez en cuando y nos quedamos quietos para escucharlos. Cuando el Ave María empieza, continuamos con nuestro juego. Caminamos con la arena fina metida debajo de las uñas, riendo con el susto de los peces.

A lo lejos, dos personas se abrazan y se besan; sus ropas se mezclan como un tornillo de caramelo, como los colores adentro de una canica. Sus risas nos llegan acarreadas por el viento. Nos acercamos más para espiarlos y a Ramiro se le quiebra el corazón cuando alcanza a ver las trenzas de Flor entre la sombra del puente. Ella está allí, sonriente y feliz, tomada de la mano de alguien más. Ramiro aprieta los puños con fuerza. Dos filas de-rechitas de dientes muy blancos le rechinan en la boca. No dice nada. Se regresa. Se va caminando con pasos largos, agachando la cabeza. Se aleja, asustado lo miro, sin saber qué decirle.

En la puerta de la iglesia, un bullicio estalla como si fuera un panal de abejas. El rosario terminó. Entre el murmullo de la lluvia, despintando la tarde con manotazos de agua, la campana se queda callada. Me despide.

Sopla el viento en la corriente del arroyo que no se detiene. Y mi amigo, Ramiro de tierra, se desmorona y se confunde de un solo golpe con el barro oscuro de la ciénega.

La Maraña

Hoy vino la maraña.

Nunca la vi antes, pero desde lejos supe que era ella. Empezó a formarse de la nada en el cielo: primero era igual a un nudo de moscas, después, se hizo más grande. Los pájaros perdieron el rumbo en cuanto ella se acercó. Temeroso, cerré los ojos muy fuerte y, por si acaso me veía, me hice bolita en el suelo para hacerla pensar que ya estaba muerto. El agua del arroyo se detuvo y los peces asustados se escondieron entre los huecos de las piedras. Se apagaron los ruidos y los oídos me estallaban de puro silencio. Hasta la hierba guardó su aroma.

—Cuidate de la maraña —dijo el abuelo—. Ella no tiene compasión. Mira cómo dejó a tu pobre abuela: hecha un tazol seco. Le arrancó las intenciones de los ojos, le quitó la cuerda de las palabras.

La vi. Era cierto. Giró su cabeza hacia nosotros y ningún gesto asomó a su cara. Para ella somos unos extraños. Está hecha una pura lástima, perdida adentro de ella misma. Por eso le creí.

—¡La maraña está hecha de puro mal! —decía estremecido, haciendo crujir las hojas secas del maíz en donde estaba sentado espantándose el miedo con el paliacate—. No hay manera de encontrarle orilla. Pasa como quien no quiere la cosa y te quita el interés. A veces se te mete en el pensamiento y te das cuenta de cómo va tejiendo velos negros en todas las cosas que alcanza tu mirada. La milpa verde se vuelve oscura si la ves, aunque los demás te aseguren que no es así.

Los ojos del abuelo parecían salirse de sus cuencas. Yo lo escuchaba haciendo nudos con mis propios dedos. La poca luz de la lumbre temblaba en la pared.

—Nadie está libre de toparse con ella —aseguraba.

Hoy me tocó verla. A los demás los tomó por sorpresa. Parece que la maraña se llevó mi cara, porque aquí, ya nadie me reconoce.

La noticia

En el piso estaban regadas las cáscaras de cacahuates, las carcajadas hacían retumbar los vidrios en la ventana. Hasta ese momento, nada parecía distinto. Un tablón, de poco más de dos metros y medio de largo, colocado encima de tres bloques de cemento macizo, improvisaba una banca muy cerca a la pared.

Los hombres del pueblo visitaban a diario el establecimiento abarrotero. El dueño era don Cástulo. Uno a uno, empezaban a llegar después de la jornada, y en ese mismo orden se integraban a la charla, a la risa y al consumo de cacahuates con coca cola. En cuanto se abría la puerta, don Cástulo se apresuraba a tomar un paquete de papel para pesar otro medio kilo y enseguida, se escuchaba el sonido de la ficha de un refresco desprendida de la botella. Después, volteaba a ver la cara de quien acababa de entrar y, sin preguntar nada, anotaba una cifra más en el cuaderno del crédito a nombre del recién llegado.

Ese día, desde la mañana, un chisme se desparramaba como serpentina en día de ferias. Las mujeres iban de casa en casa a contarlo, con una notable habilidad para no perder el asombro ante la misma historia.

—Ya se veía venir —decían las más ancianas—. Sólo era cosa de tiempo. —Y en su voz se adivinaba la razón que dan los años.

Las vecinas con las lenguas más sueltas, como parvada de zopilotes se arremolinaron en las esquinas a roer los huesos del morbo. Entre sus decires y gestos pasó la mañana. Ellas regresaron a sus casas a disfrutar su regocijo.

A manzanas maduras olía la tarde. Los pájaros pintaban de pardo el cielo con los brochazos de sus aleteos. La tierra húmeda de septiembre se enrojecía con el reflejo del sol y en ella se marcaron las huellas de quienes se dirigían a la tienda de don Cástulo.

Las cáscaras crujieron al contacto de las botas de pocero de Pifas. Su paso denotaba la tensión apretada en los puños y en su quijada trabada. Todos guardaron silencio al verlo entrar y no escuchar su saludo, como de costumbre. Don Cástulo, por su parte, tenía la consabida orden lista encima del mostrador, y al mirarlo de frente, sólo atinó a quitarse el sombrero y rascar su cabeza sin pelo, para después, volver a colocárselo con un titubeo. No pudo articular palabra alguna y prefirió clavar la vista en el suelo.

En unos segundos el ambiente se volvió casi sólido. Se volteaban a ver unos a otros y luego a Pifas alternativamente, haciéndose preguntas con los ojos, pero ninguno de ellos se animaba a responder.

Sólo eran cinco pasos de distancia de la entrada hasta donde despachaba el viejo, pero el tiempo parecía haberse detenido. Finalmente, la punta de su bota derecha topó en la base del mostrador y dejó una mancha de lodo en la madera. Las manos de Pifas se posaron como garras encima del paquete y la botella.

—Quiubas —dijo Don Cástulo a modo de saludo.

Pifas respondió con un movimiento de cabeza.

Agachado, sin mirar a nadie, fue a sentarse al final de la banca, muy cerca de la puerta. Puso el refresco y el paquete en el piso y apoyó los codos en las rodillas. Tomó un puño de cacahuates.

Enseguida se escuchó el crujir de una cáscara aplastada entre sus dedos, luego el de otra y el sonido de dos grandes tragos de soda pasándole por la garganta. Como si esto hubiera sido la señal esperada, muchas otras cáscaras empezaron a crujir, luego fueron a parar entre los zapatos de los presentes. Hubo un silencio largo en donde todos se apresuraban a llenarse la boca para evitar decir la primera palabra.

Pifas dio el último trago a su refresco. Don Cástulo no se movió para darle otro, no sabía exactamente qué hacer, permanecía parado enfrente del mostrador, sostenía la pluma entre los dedos sin atreverse siquiera a anotar en la cuenta la suma de los productos consumidos por Pifas.

Éste empezó a pisar las cáscaras que él mismo dejó caer. Cuando ya no tronaron más, se paró de un sólo impulso, y fue a colocarse enfrente de la puerta. Miró hacia afuera, se limpió la boca con la manga de la chamarra y metió las manos en los bolsillos del pantalón. Su ancha espalda impedía el paso de los rayos de un sol a punto de ocultarse en la línea de los cerros. Una calle más abajo algunas vacas buscaban cómo esquivar los rieles del guarda ganado para ir a pastar cerca de las vías.

Pifas, sin voltear a verlos, fingiendo firmeza dijo al fin:

—Hoy dejé que se fuera.

Sacó las manos de los bolsillos y las miró por ambos lados, después las apoyó en el marco, extendiendo sus brazos como un cristo. Hizo una pausa larga, simulaba interesarse en el batallar de las vacas.

No se escuchaba ni un resuello. Todos permanecían con la vista fija en su amigo, atentos a sus próximas palabras.

Pifas miró al suelo, luego muy a lo lejos. La luz del día se perdía sin remedio. Él respiró hondo. Movi6 la cabeza a uno y otro lado y volte6 a ver sus amigos de frente, luego continu6 con la voz apretada por el nudo atorado en la garganta:

—Lo que ustedes saben de ella, lo sé yo, lo supe todo el tiempo... Pero me importaba más ella, que la vergüenza.

Tragó saliva y prosiguió:

—No digan nada, hagan de cuenta que esa mujer nunca vino por estos rumbos.

Se dio la media vuelta. Se escuchó de nuevo el rechinido de las bisagras al girar aferradas a la puerta. Pifas, con la frente alzada, se alejó dando vuelta a la esquina, las piernas le temblaban y el rubor aún estaba encendido en su rostro, pero lo sabía muy bien: más valía una colorada que cien descoloridas.

Abismada

Mi abuela cada noche sale de su habitación a oscuras. La miro desde mi cama cubriéndome hasta la nariz con una manta. Ella se desvanece entre las sombras. La lechuza está parada encima de la rama. Inmóvil. Y vuela en silencio cuando ella regresa.

Sola, en la penumbra de este bosque, en una choza que parece caer sobre mi cabeza con el soplo de cualquier viento, también me quedo quieta. Observo a la lechuza, le miro los ojos tiesos, las alas detenidas. Aferrada a la rama de mi miedo, tampoco me muevo.

Los grillos llaman al agua con insistencia. Ella no viene. El búho y sus sonidos, sus ojos amarillos, se esconden entre las ramas de cualquier árbol. En mi estómago crece una espera larga, se enrosca como serpiente. El tiempo en el bosque es más hondo. Su olor a troncos, a ramas aferradas a la noche, parecen estar dentro de un pozo. La oscuridad se vuelve más negra. Más espesa la niebla. Parece que nunca más vendrá el día. ¿Y si mi abuela no regresara? ¿Y si me quedara por siempre metida en esta negrura?

La lechuza suelta la rama.

Oigo el chirriar quedito de la puerta. La silueta de mi abuela se descubre la cabeza.

—¿Dónde andabas, abuela?

—Fui a la lavar la luna.

—¿Por qué a lavarla? ¿Acaso estaba sucia?

Me toca la cara dándome golpecitos en la mejilla. Sus dedos viejos huelen a humo, a hierbas quemadas, a cera. ¿En dónde andaba mi abuela?

El alborozo de los pájaros trae en sus alas la mañana hasta la puerta. La lechuza y el búho duermen. Mi abuela atiza en el patio una fogata. Un olor de cosas secas se escurre por entre las rendijas de la ventana. Pongo los pies descalzos sobre el suelo de tierra, imagino las raíces extendiéndose por debajo de mis plantas. Voy con ella.

—¿Dónde estabas anoche, abuela?

Creando que lo he olvidado, todavía con la madrugada escondida en los ojos, me mira de pies a cabeza y luego responde.

—Fui a espantar al coyote. —Y sonrío.

Su respuesta tiene el mismo tono de las otras veces:

» Andaba peinando el agua del río.

» Estaba arrullando a las flores.

» Fui a buscar hierbabuena.

» Fui a contar las estrellas...

La guardo en la lista de mi memoria junto con sus otras respuestas. Siempre me dan a pensar que oculta algo. Es por demás preguntarle, sus historias no las creo.

Si ella supiera: cuando miro a la lechuza veo sus ojos, escucho sus pasos en el aleteo. Luego la veo a ella llegar hasta la montaña, besar la tierra. ¡Si tan solo lo supiera! Pero si se lo digo, jamás me creería, así como igual yo no le creo. Lo sé: ella recoge hierbas, camina sola, enciende fuegos, rompe ramas, besa flores. Y canta. Y habla de cosas que no entiendo.

—Hoy quiero ir contigo, abuela.

Permanece quieta, sentada en cuclillas frente a la lumbre. El chal oscuro sobre en su cabeza la hace parecer un pájaro nocturno. No responde de inmediato, sigue quemando hierbas.

Permanezco parada detrás de ella, escucho cómo brinca el agua en el río, cómo reniega el fuego aferrado al trozo de leña. La ceniza, liviana como insectos, revolotea encima del calor de la fogata. Mi abuela la agita con una rama seca. La mueve y parece dibujar letras grises en ella.

—Ya veremos. Ya veremos —responde.

Muchos años pasaron antes de permitirme acompañarla. Entre tanto, me hice amiga del cuervo. Él me dejó entrar en su pecho. Y cuando las dos salimos en la noche, mi cuervo y su lechuza se quedan quietos.

¿Qué si a dónde vamos? ¿Cómo decirlo?

A ahuyentar al coyote, arrullar a las flores, a buscar hierba-buena, a peinar el agua del río. Me lleva de la mano a contar las estrellas. Y vamos juntas a lavar la luna.

Metamorfosis

—Usted está muerto —me dijeron al oído.

Abrí los ojos buscando encontrar la boca que, aprovechando mi vulnerabilidad al verme dormido, susurró tales palabras. Pero solo encontré la sábana copiando en sus pliegues la inquietud de mi noche y a un mosquito zumbando insistente muy cerca de mi cuello. Di media vuelta sobre mi costado izquierdo y volví a dormir.

—Usted ya no está aquí —insistieron.

Me incorporé como impulsado por un resorte. Apreté con fuerza mi pecho buscando calmar el movimiento sísmico que me estrujaba el corazón. Me puse de pie. Mi pulso acelerado me convertía en un tambor en redoble.

—Usted no es lo que es —dijeron a mis espaldas.

Giré lentamente para sorprender al bromista. Una película blanquecina empezaba a cerrarse a mi alrededor. Tuve miedo. Tomé posición fetal. Otra capa más oscura me envolvió por completo.

No sé cuánto tiempo permanecí ahí, encerrado, perdido en un sueño profundo. Al despertar, en mis ramas albergaba nidos llenos de pájaros: aves de pecho tan sonrojado como la piel de una manzana.

El otoño llegó con sus cosechas maduras, con su luz quemada y su perfume de octubre. La mirada verde de la hierba cerraba los ojos para guardarse en sus adentros. El viento brusco llegó para estremecerme, alrededor de mi tronco se cuarteó la piel de la tierra.

—Usted empieza de nuevo —escuché.

En el regazo del silencio me desplomé de un solo golpe. Una muerte amarilla tapizó el sendero. Con el paso del aire levantaron el vuelo mis hojas caídas.

Ahora estoy aquí.

A la orilla del río miro mis colores en la burbuja brillante, atrapada entre el verdín de las piedras.

—Soy —me digo—. Y continúo mi nado a favor de la corriente.

Al mediodía

Voy por la calle rumbo al arroyo. El sol me embota la cabeza. A lo lejos, algo avanza hacia mí. No logro distinguir si es un perro grande o un becerro pequeño. Viene despacio, marcando los pasos en el camino polvoriento. Su silueta se vuelve verde detrás de la hierba.

Cuando llegue al arroyo, pienso, hundiré la cara en el agua. Alcanzo a ver en el final de una calle, al árbol deshaciéndose en ramas viejas y torcidas. Y detrás de su tronco, un pedazo de ventana, con un moño negro colgado. Avanzo por mi camino. Me acerco a la barda de adobes rodeando al perro que persigue a una liebre. Me recargo a la sombra. Saco del bolsillo el reloj y lo miro. No tiene tiempo. Han de ser cerca de las doce y media.

Las campanas de la iglesia repican como tambos huecos. Todos saben quién es el difunto. Entrarán para oír la misa y muchos llorarán fingiendo el dolor que no sienten. A mí me dijeron:

—Marcial, se murió tu tocayo. Se cayó del caballo y se le fue el suspiro. Lueguito lo encontramos, todavía tenía las manos calientes. Pensamos que estaba dormido.

Yo encogí los hombros y chasquéé la lengua.

—¿Qué me importa? —les dije—. A todos se nos llega la hora.

Me vieron con los ojos entrecerrados, guarecidos en el ala oscura de sus sombreros como si no supieran que a ese tocayo lo traía entre ceja y oreja.

Mi madre tuvo la mala suerte de encontrarlo un día muy dispuesto en la milpa. Ella iba a pepenar frijol después de la

cosecha. Don Marcial la miró y le llenó el ojo, se acercó a ella, le endulzó el oído. Y se repitió la misma historia: una mujer sola acarreado a su hijo para todas partes.

Todos esos recuerdos, platicados por ella, se me vinieron de golpe ayer que lo vi tirado en el suelo, con espinas enredadas en el pelo y en la camisa. De principio no sentí nada. A no ser una curiosidad por saber a dónde va el alma de un hombre que no cumple con sus hijos como Dios manda. Enseguida quise imaginarme sus piecitos de niño caminando entre las piedras de la mano de su madre como agarrado a su única salvación. A lo mejor en el otro mundo le tocará ser el abandonado, el malquerido. No sé si las cosas allá sean parecidas a las de aquí.

Recogí su reloj. Estaba golpeado contra una piedra. Las manecillas dieron su último minuto para marcar las tres en punto y de allí, hasta hoy, no se han movido.

El agua del arroyo me hierve en la cabeza. El calor evapora a la mismísima tierra. Oigo cómo la gente va llegando a la iglesia, algunos en sus mulas, otros, por montones, en sus carretas. La mayoría, caminando. La curiosidad es más fuerte que la desgracia, por eso van a verlo.

A don Marcial nadie lo quiso porque desparramó soledades como regar agua en la milpa. A lo mejor nada más a eso lo mandaron hasta aquí. A sembrar. A parrandear y a olvidarse de todo. Y cuando acabó quiso huir buscando salvación. Y nada. La línea donde topaba su camino estaba bien marcada y el caballo no pudo traspasarla.

Un ratito antes, él pasó junto a mí, echándome una mirada de reojo como quien da una moneda a un hambriento. Y yo la agarré. Sí. Estaba hambriento de sus ojos y de su cariño y de sus palabras. Después espueleó al caballo con furia para irse pronto, como quien quita rapidito la mano de un comal caliente. Le vi su espalda alejándose y al caballo, las patas trabadas espoleando su cola larga. Entonces fue cuando cayó al suelo. El relincho del animal rajó la tarde y se fue galopando rápido a buscar alivio para el susto.

Me acerqué. Algo me decía que ya no respiraba. Así era.

Cuando agarré el reloj, la manecilla se atoró marcando también su último resuello. A don Marcial yo le cerré los ojos, y ahí mismo se me acabaron los reproches.

El viento que hoy eres

Sobre las roturas de la pared blanca soy una sombra. Suben y bajan las hormigas desde los cimientos, le dibujan grietas, líneas rectas, movedizas. Una lleva sobre sí una brizna de algo.

El día abre un resquicio: sin tregua, me trae el recuerdo de tu voz. Los remolinos de tus palabras en el aire alborotan el polvo de mi pecho, el rubor de mis mejillas. Una, lleva sobre sí, siempre, una brizna de todo.

Llegas de improviso. Hoy eres viento.

Plateado es el sol, se cuele por entre las vigas del techo descubierto y entre las piedras cae al piso, se esparce como un espejo destrozado. Sus destellos tiemblan entre la hierba amarilla cuando pasas: ahora son luz, ahora sombra. Y la luz y la sombra se abrazan para ser una y la misma cosa. Danzan. El sol desgranado avanza como río entre las piedras, va y viene entre los recovecos. Lleva a las hormigas hacia la luminosidad plateada del día.

Escucho el siseo de tu voz en las paredes, restregándose de puntitas como alguien que se esconde. ¡Tanto tiempo sin escucharte, sin sentir tus manos alborotarme el pelo! El zumbido de tu paso entró al fin por las rendijas de la puerta: navaja traspasando las hendiduras de la madera. El rechinado de las bisagras esparce su aliento oxidado.

Has vuelto sin avisar. Otra vez. Eres infinito, como si nunca terminarás de llegar. Ahora los minutos son más

largos, podrían durar días enteros, pienso. Eres tú. ¿Quién más podría ser? Si solo tú tienes el mismo olor a hierba seca y vuelta a mojar por la lluvia.

Salgo al patio y vienes hasta aquí. Tú, tu ruido, se mece entre las espigas del tazol con una calma atardecida. Imagino tu mano acostando la hierba, derribando las mazorcas maduras, haciéndolas crujir como si alguien masticara piedras. Jamás pensé en tu regreso. ¡Si yo misma puse un puñado de tierra encima de tu cara!

—Me estoy muriendo —dijiste.

—¿Acaso no estamos muriendo todos?

—Sí, pero yo estoy muriendo ahora.

—Igual que todos.

Hubo una pausa larga. Después te diste la vuelta y tapaste tu cara con la sábana. Te dejaste la espalda descubierta. Desde la luz de la ventana miré la palidez de tu piel: el sudor resbalaba haciendo un riachuelo de fango espeso en tu columna, en los hombros. Era verdad: morirías antes que yo. Lo harías y de nuevo miraría cómo te ibas.

—Eres distinta.

Me reflejé en la luna del espejo. Mi pelo ya no era tan ondulado, mi cara: fruta marchita, de piel, de ojos apagados. Adentro ya no me ardía la hoguera atizada antes con tu aliento. Uno a uno hice arder los recuerdos y se esfumaron. Ahora eran ceniza.

—Soy distinta. Pero soy la misma.

Volteaste hacia mí, ibas a decir algo, pero te diste la vuelta de nuevo, hundiste el sollozo en la almohada. Nunca imaginé verte

así ni pensé escuchar tu voz trémula ni tu llanto. Eras ahora un desconocido. Traías puestos otros ojos, tus manos ya no eran las mismas que tocaron alguna vez mi frente. Eras otro. Yo también ya era otra y no la mujer aferrada al marco de la puerta viéndote partir, mirando cómo la lluvia te caía en el cuerpo para lavarte nuestra vida juntos como si fuera una mancha. Tus pasos se hicieron charcos. Lodo. Se me hacía larga la mirada como si fuera posible detenerte con ella.

Volví a ser la chiquilla asustada por el abandono. Sin poder explicarlo se repetía el mismo largo camino, la misma distancia. Era igual el vacío, el abismo en el pecho, como antes. Nunca creí sentir de nuevo el regreso del pasado. La incertidumbre, con sus largas uñas, volvía a arañarme el rostro, lo borraba después de haberme reconstruido pedazo por pedazo en el espejo de tus ojos; cicatrices cerradas con el fuego de tus dedos, se abrían de nuevo para mostrarme mis heridas.

Y te maldije muchas veces.

Años enteros se tiñeron de noche. Después me descubrí cómo-
da ahí, sentada entre memorias cada vez más pardas.

Declinaba el día, la negrura del cielo anunciaba tormenta, las orillas de las nubes se deshilachaban para caer después en el pasto, jugar entre las flores amarillas. Fue entonces cuando pusiste tu pie en el filo de la banqueta. Te miré, luego te dejé entrar. La lluvia desmigajó el cielo. Las gotas cayeron con fuerza haciendo ruido. Vi moverse tus labios. En tus ojos había un arrepentimiento inútil. Luces apagadas.

—Perdón —dijiste.

- ¿Por qué?
—Me fui. Te dejé.
—También te dejé.
—¿De qué hablas? ¡Sigues aquí!

Solté tu recuerdo. Olvidé qué se sentía escuchar tu voz rajada por el filo de las hojas tiernas del maíz, el escándalo de tus manos espantando a los cuervos. La brasa de tus brazos. Te dejé. Olvidé mis esperanzas, las escasas ilusiones. Entré en la oscuridad de mi propia sombra. Sentí miedo. Seguí andando sin saber si esos rumbos me llevarían a algún lado. ¿Qué más daba? Si de todos modos estaba parada en ningún lado.

- Tú y tus largos minutos se van a ir pronto —te dije.
—No deberías decírmelo. Tengo miedo. No sé hacia dónde voy.
—Al mismo lugar a donde van todos, seguramente.
—Pero ¿cuál es ese lugar?
—¿Importa, acaso?

Vamos andando con el corazón hecho un jarro roto: pedazos de tepalcate colorado. ¿Qué me importaba a dónde irías si ya te habías ido desde antes?

- Si me voy, esta vez no volveré. Lo sabes.

Me volví para mirarte de nuevo. Afuera estaba anochecido, y ahora tu espalda era un cielo oscuro con unas cuantas estrellas que temblaban antes de caer a las sábanas.

La mañana amaneció helada. Te eché tierra en la cara: un puñado tras otro hasta verla desaparecer. Y no me acordé de ti

mientras lo hacía. El aroma verde de la hierba se paseó por todos lados cuando lo meció el sople del aire. Se llevó las pocas nubes. No llovió sobre el lugar revuelto en donde ahora yacías. Sin dar un solo paso, ahora te ibas para siempre. Eso creí.

Estaba seco el campo, como mi cuerpo. Y se hicieron remolinos: primero diminutos, como si un pájaro hubiera pasado rozando en círculos el suelo con su ala. Después más grandes y aún más, dejando la tierra en otro lado.

—Si me duermo, despiértame.

Y tu voz era un suspiro.

Pero no lo hice. ¿Qué sentido tiene dejar llegar el sueño para luego espantarlo? ¿Acaso no se alimenta de las cosas idas, de las cosas muertas?

—No me olvides —dijiste antes de cerrar los párpados.

No tuve valor para hablarte de mi olvido, ni para mirarte los ojos hundidos en un deseo sin importancia. ¿Para qué sirve un recuerdo mudo? Es pozo seco. Un arroyo tragado por la hierba.

Hoy regresas.

Interrumpes la tarde con tu ruido de viento. Ahora me acuerdo del día de tu muerte: la tierra te comió completo. Solo aire eres ahora: doblas las cañas verdes de la milpa, haces remolinos encima del polvo.

Volverás siempre.

Mi memoria, desmoronada, te esparcirá en mis recuerdos como un vidrio roto.

Después de muchas horas te vas. La calma me arrulla. Un sopor frío llega. El letargo helado me abraza con fuerza, me deja inmóvil, como si yo fuera solo de agua y una ráfaga helada me volviera de hielo.

Golondrinas

La mañana despertó decembrina. Suspendidos del techo, obeliscos de hielo se quiebran en el portal.

Voy a la bodega a ver a mi golondrina. Ella no se pudo ir junto con sus compañeras cuando emigraron. La vi cuando se cayó del nido. Era muy pequeña aún. De su pico salía una melodía lastimera que no pude comprender. Le dolía su ala izquierda, la arrastraba dibujando una rayita en el piso de tierra. La perseguí alentándola a volar, pero no lo consiguió. La llevé hasta una barda, hice ruido con mis manos para espantarla, pero sólo logró caer de nuevo, y su cuerpo, lleno de plumas, no hizo ruido entre la hierba.

Mientras el resto del pueblo se apresuraba a recoger las cosechas, yo cuidaba de ella. Cuando las demás golondrinas, haciendo un remolino de gorjeos, se iban alejando, algunas juntas, otras por separado, para evitarle sufrimiento la llevé a la cocina y la entretuve con pedacitos de tortilla remojados en agua tibia. Así, la cuidé el resto de la tarde. Cuando anocheció descolgué su nido y lo coloqué encima de una caja adentro de la casa, en la habitación que sirve como bodega. La llevé hasta allí para hacerla descansar.

Ahora hace frío, le acerco la comida hasta su casa de gotas de lodo. También le doy agua. En este momento, aún sigue dormida. Espero un poco. Está por amanecer, las estrellas todavía no terminan de apagarse. La mañana bosteza dejando salir poco a poco una luz que se va acabando junto con las horas del día.

Los gallos desmoronan con su canto el silencio de las seis de la mañana.

Entro en la cocina, la silueta de la abuela Concha se refleja en la pared. Con la pañoleta negra envuelve sus canas y se cubre las orejas heladas. Avanza para atizar la estufa de leña y cuando el calor empieza a desparramarse, se pone una cesta encima de las piernas y en la casa silenciosa se escucha el sonido de las mazorcas desgranándose entre sus manos. Cuando agacha la cara, solo veo sus párpados, los ojos se le pierden entre los granos de maíz.

Mi abuela nunca me regaña. Sólo a veces mueve su cabeza diciendo “no” y es cuando me doy cuenta de su molestia. La abrazo fuerte por la cintura, le doy besos en los brazos y en las manos, y sin dejar sus quehaceres, me sonrío. Desde mi nacimiento he vivido con ella. Siempre me cuida, teje mis trenzas y mientras lo hace, me cuenta lo pequeñita y frágil que yo era cuando llegué a este mundo. Hasta tejió una colcha de muchos colores para mí. Ahora dice:

—Tu mamá vendrá muy pronto.

Cuando supo de mi golondrina, me miró con sus ojos tristes y me dijo:

—No te encariñes con nada que tenga alas.

—Solo la voy querer poquito, nomás para ayudarla a vivir hasta que sane y regresen sus compañeras.

—Yo no más te digo —me respondió sin mirarme, después se metió a su habitación por un buen rato.

El hielo convertido en viento entra por la rendija que se forma entre la puerta y el piso. Pienso en mi golondrina, no sé si el

sonido del maíz, cayendo en la canasta y en el piso, la arrulla. Ella debe tener un sueño en blanco y negro recorriéndole todo el cuerpo. Cuando duerme es un nudo de plumas acurrucadas. Alrededor de su nido hay una paz que podría romperse con un sólo suspiro.

El día se vuelve claro. De nuevo voy a la bodega, mi golondrina no está en su nido. La busco, temiendo que algún gato haya logrado llegar hasta aquí y la piel se me eriza. Algunas plumas, aún tibias, están regadas por el suelo. No la veo, en el piso solo están sus rastros. Le pido a Dios que la cuide y la lleve a un campo en donde haya flores.

Enseguida escucho su ruido y el corazón me golpetea. Mi golondrina está posada en una viga del techo. Es un canto adentro del cristal de este invierno, es un pedacito de música, el verso de su propia canción. Su aleteo se pierde entre las sombras de la mañana que apenas empieza. Afuera, los misterios de la tierra, los secretos de las semillas dormidas bajo el hielo, preparan otro verano para mi golondrina.

Brinco de gusto, la llamo por su nombre muchas veces: ¡Golondrina! ¡Golondrina! Y ella vuela de un lugar a otro como diciéndome: mira, ya no me duele nada.

Quiero a mi golondrina siempre aleteando alrededor, desparramando su alegría por todas partes. La veo descansando de su vuelo encima de unos trozos de madera: ya no es una pequeña bola de plumas, como antes, ahora es todo un pájaro de colores antiguos.

Mi abuela me llama para desayunar. Ella sabe que me iré de aquí cuando termine este invierno y me cuida más. Me siento enfrente de la mesa, en mi espalda el calor de la estufa va avanzando por mi suéter hasta llegar a mi pelo. Entre risas le platico la hazaña de mi golondrina. Ella se sienta enfrente de mí, y antes de probar su comida me mira fijamente y quizá reza con sus pensamientos.

En ese momento mi golondrina entra en la cocina y revolotea por el techo. Juntas, miramos su vuelo hasta verla desaparecer casi rozando el marco de la puerta para volver a la bodega.

¡No quiero que llegue el verano! ¡No quiero verla partir!

Aunque no se lo he dicho, mi abuela lo sabe. Se encamina hasta donde estoy sentada. Con su abrazo, como de plumas tibias, me consuela.

Lumbre y pan

Me dijo que ya se iba y no le creí. La miré. La trenza destejida le adornaba la orilla de la pañoleta. Me negué a creer que un rostro tan lleno de arrugas no podría soportar algunas más.

—Hasta las puntas de los dedos me duelen —dijo después de esperar de mi boca las palabras que me guardé.

—Hagamos pan, abuelita. —Fue mi respuesta. Y dijo “sí”.

Al día siguiente cargué la bandeja para llevarla hasta a su casa. En el camino conté hasta cinco los pájaros parados encima de los postes del cerco. Una mariposa aleteó cerca de mi oreja. Dos perros peleándose por un hueso se arrinconaron entre los adobes de la barda.

Me entretuve jugando al lazo. Brincando en un pie.

Se fue el frío espantado por los rayos del sol. Fui a bañarme en el río, recogí piedras de colores y las conté. Las guardé para hacerme un collar. Nunca tuve el tiempo para engarzarlas y se perdieron entre los cambios de estación.

Vino la lluvia, encharcó la calle.

Llegó el otoño.

En el camino se ajó mi piel. Me fui del pueblo. Tuve hijos. Pelo desteñado. Se marchitaron ilusiones. El rostro y la mirada. Una que otra flor.

Cuando llamé a su puerta, no respondió. El rechinar de las bisagras me estremeció el pecho. Los jarros de las macetas ya eran tierra otra vez.

Entré.

¡El tiempo pasa tan deprisa! Se acumulan tantas cosas por hacer: son trampas del camino.

La encontré con las manos rayadas de tizne. La receta guardada en su memoria. El pan sobre la mesa estaba duro. Apagada estaba ya, la lumbre del fogón.

Descubierta

En la estufa de leña chisporroteaban las brasas. El verano empezaba a destejer sus largas trenzas mojadas para hacerlas correr por las calles y estancarse, a veces, en charcos lodosos en donde cantaban las ranas.

Alguien tocó a la puerta de la casa de mi abuela y nadie acudió. Un llamado más y fui corriendo con el cabello suelto y enmarañado golpeteándome en la espalda a cada brinco.

—¿Ignacia Armendáriz? —preguntaron.

A través de las ventanas que dejaron mis dientes, silbó el aire y con orgullo respondí:

—Es mi mamá.

—¿Y tú cómo te llamas? —preguntó, al bajar algo de una descarapelada camioneta. Era un pequeño paquete envuelto en papel de estraza.

Seguí con la mirada a la filita de hormigas que rodeaba las piedras. Le dije mi nombre y sonreí.

Era un hombre alto, de tez blanca. En ese momento imaginé que, quizá, se parecía a mi padre. Se agachó para poner sus ojos justo enfrente de los míos. Olía a menta.

—¿Sabes escribir? —preguntó con mucha seriedad.

—Sí —respondí moviendo mi cabeza afirmativamente y el sudor empezó a bañar las palmas de mis manos.

Me arrepentí de inmediato. Porque me prometí a mí misma no decirle a nadie que escribí una canción sin música. Arranqué la hoja del cuaderno para esconderlo debajo de los velices en

donde mi madre guardaba las herramientas de mi padre, por si alguna vez, él volvía.

En ese momento un montón de pensamientos me revolotearon por la mente. No quería decir que sí escribí muchas palabras en un papel. Eran secretas.

—Entonces, escribe aquí tu nombre. —Y señaló una línea en la orilla de un papel.

Respiré aliviada, como si me hubieran salvado de caer en un precipicio. Temblando, garabateé mis dos nombres y mis dos apellidos.

—Bonita letra —dijo—. Escribes muy bien. —Y con su dedo índice tocó la punta de mi nariz.

Esa frase me retumbaba en las sienes y me sentía feliz.

Entré a la casa con el paquete aferrado a mis dedos. Por la cocina danzaba el aroma del nixtamal abrazado al vapor del caldo de gallina. En las placas de la estufa se inflaban las tortillas puestas una tras otra por mi tía Lola. Quería decirle algo, platicar como amigas, pero no sabía qué ni cómo empezar.

—¿Qué traes ahí? —preguntó ella, señalando el paquete con un gesto de su mirada.

—No sé, es para mi mamá —le dije con ganas de seguir platicando, pero se volteó para sacar unas tortillas recién cocidas.

El calor de la leña encendida se escapaba del hierro de la estufa. Ella tomó la prensa y otro puñado de masa se hizo bolita entre sus manos. La observé con el sol en los ojos. Tenía los poros de sus mejillas abiertos de par en par.

—¿Qué? —dijo, molesta.

—Tienes la cara como un limón.

—Y tú como una papa. ¡Lárgate de aquí!

Salí de ahí corriendo, antes de que me estrellara el testal en la cabeza. Mis pasos eran ligeros. Entonces lo supe: yo no era una oruga, sino una mariposa de muchos colores.

Afuera olía a tierra húmeda, a ramas de sauce. A lo lejos, desde la loma, se acercaba de nuevo la lluvia ondeando su falda parda y haciendo retumbar su grito de trueno.

La búsqueda

A punta de pie voy abriendo un camino por donde me voy del alma, me voy por dentro. En algunos tramos avanzo sin vacilación, en otros me detengo, regreso. Mi resuello da vueltas en el aire. El titubeo obliga a mi desconcierto a bajar la frente ante la montaña de posibilidades.

El río en donde busco atenta la piedrecilla con forma de lenteja, es espejo en donde el tum tum del corazón va dando vuelcos al recorrer el lecho de arena, las orillas mojadas, el contorno de la hierba en el agua.

Con pies líquidos avanzo atenta para mirar profundo.

La encuentro.

Un rayo de sol se le parte en la cara. La pizco del suelo. Piedra circular sostenida en la yema de mi dedo. Le hablo de un viaje largo, le digo: te llevaré lejos para protegerme en los parajes oscuros de mis sueños. La luz brilla de nuevo en su cara de luna llena.

Dudo en avanzar o permanecer ahí para contemplar mi hallazgo, escuchar el temblor de los grillos o describir con murmullos el paisaje abrazado a la montaña.

Le pregunto si quiere acompañarme, prescindir del sosiego de sus días, del salpicar de la lluvia en el agua, del acompasado latir de la tierra.

Se queda callada.

Con oído atento, la presiento: comprendo su "sí". Percibo su poder unido por siempre al resto de las rocas del mundo. Le digo de mi miedo, le platico de mis monstruos. Apago mi ruido y ella

me habla de misterios, de puertas impenetrables, del abrazo protector de su especie.

Como pájaro inundado de viento, mi corazón la escucha.
Su lenguaje y el mío son hilos de la misma trenza.

Del ramaje subterráneo de mi cuerpo, brota una gota sonrojada. Ofrendo. Canto mi forma de agradecer. Reverencio a las cuatro direcciones por su permiso, por permitirme encontrar al guardián que, antes de abandonarme, se partiría en pedazos.

Sigo avanzando. Pienso sobre la posibilidad de una tormenta o de una lluvia serena. Tal vez un relámpago ilumine el cielo y el cuervo mire desde lo alto del pino. Quizás el latido de mi propio resuello se una a las curvas y rectas del río.

Acaricio con miradas la oscuridad dormida a los pies del árbol, a la metamorfosis de su sombra provocada por el caprichoso pasar del aire. Admiro la velocidad del ave que caza en el vuelo, la sagacidad de su ojo, el alocado latir de su pecho. Entro en sus entrañas y experimento el vértigo de mirar hacia abajo. La marca de mis huellas se desvanece desde las alturas, se vuelve polvo. Una manta de libertad me envuelve al batir mis alas pegadas a las suyas.

El sol camina por el cielo.

Abrasada por sus rayos vuelvo al suelo, mis garras se posan en el voladero. El río se pierde entre los guiños del monte, en los recovecos de las orillas. El pájaro sigue dando vueltas en mi mente. Lo miro hasta que ya es solo una raya parda en el cielo y mi boca ha dejado de ser un amarillo pico.

A lo lejos, el horizonte pierde el sentido para de nuevo ser solo eco, sonido primordial.

En el altar improvisado de mi mano, la piedrecilla es un aliado que me alertará de peligros. Su ser se adormece, tiene ahora una nueva razón y rumbo: piedra volviéndose humo, acompañándome en la búsqueda interminable de mi único camino. Protegiéndome en la senda del ensueño y de su hechizo.

A mi regreso, el día empieza a entristecer. Cierra su párpado, cuelga estrellas en el techo. Cuando la luz entra de lleno por mi ventana, regreso a mis días oscuros.

El que siempre llega tarde

Después de llorar, mamá se quedó dormida. Cuando ya no escuché el sonido de su nariz ni sus sollozos, la espí por la rendija de la puerta para asegurarme de que ya no lloraría más. La luz de la noche se reflejaba en su rostro. ¡Es tan bonita! Me retiré a la habitación y fui a la cama. Por la cabeza me pasaba una y otra vez la visita de mi padre, sus palabras duras, los golpes en la mesa y el fuerte portazo después de despedirse de ella. Mamá dijo que ya no lo querría más, pero eso es mentira. Se enoja con él por sus maltratos, pero luego llora porque se va y no regresa.

Me entretuve imaginando que él volvería arrepentido en vez de llegar enojado, como siempre lo hacía, y le pediría perdón y se abrazarían como lo hacían antes. Lo pensé hasta dormirme.

Me desperté de golpe, con el corazón estrujado. El sol ya estaba alto. De prisa, me vestí con el mismo uniforme del día anterior, no tenía tiempo de preocuparme por la mancha de lodo en el suéter. Moje mis manos con agua para alisarme el pelo, puse un pan en mi mochila y salí corriendo para llegar a la escuela.

Mamá siguió dormida sin despertar para alistarme e ir a la escuela. Nunca antes lo hizo.

Salí a toda prisa, llegué hasta la tienda de abarrotes. Mis compañeros no me estaban esperando para irnos juntos, ni siquiera Pedro, mi mejor amigo, ni Lupita. Sentía fuerte los golpes de mi corazón en el pecho, corría lo más rápido posible. Las calles parecían interminables, como si alguien, escondido detrás de cada esquina, las jalara, estirándolas para hacerlas más largas.

Pasé corriendo sin saludar a nadie. Veía casas borroneadas, árboles y bardas. Los ladridos del perro bravo no me importaron.

Finalmente, llegué hasta la puerta del salón de clases con la boca seca, las piernas temblando y con un hueco grande en mi estómago, igual al que sentí cuando me subí a la rueda de la fortuna el día de las ferias: bajaba, y estaba seguro de que, irremediablemente, caería.

Todos mis compañeros de clase estaban sentados, los rechiniados de la tiza iban dejando número blancos en el pizarrón. La maestra explicaba algo. No me miraba. La cabeza me estallaría en cualquier momento. Toqué tímidamente la puerta abierta.

—Maestra, ¿me permite entrar?

Ella giró su cabeza hacia mí. Mis compañeros también voltearon a verme y empezó el cuchicheo. La maestra, una mujer enorme desde mi estatura, medio cegatona, arrugó la cara y miró el reloj.

—Veinte minutos tarde, Juan.

No entendía por qué todo era más grande de lo normal: la calle, la maestra, el tiempo que tardó en responderme, incluso, el salón parecía haber crecido de un día para otro. Tapé con mi mochila la mancha de lodo, esperando la respuesta de la maestra.

—Pasa.

Con la cabeza agachada me encaminé despacio por el pasillo formado por dos hileras de bancas. Esperaba escuchar las voces de mis compañeros retumbando en mis oídos, como el condenado a muerte que espera en cualquier momento el filo de la guadaña cayendo sobre su cuello. Yo era un chico aplicado, mi butaca estaba hasta el frente, pero del lado derecho, en la fila de los inteligentes.

Alguien empezó la terrible frase, y los demás, a coro, se unieron para gritarme en las orejas.

—El-que-siem-pre-lle-ga-tar-de, el-que-siem-pre-lle-ga-tarde, el-que-siem-pre-lle-ga-tar-de...

La maestra guardó silencio.

Ella lo sabía muy bien: ese era el peor castigo que alguien podía recibir por interrumpir la clase. Y no hizo nada para rescatarme a pesar de ser la primera vez que me sucedía. De nada servía ser un buen chico.

Volteé buscando a Lupita, ahí estaba. No podía distinguir su voz, pero la veía mover los labios, uniéndose al coro para señalar mi tardanza. Mero enfrente estaba Pedro, mi mejor amigo, pero del lado izquierdo, del lado de los “burros”. Estaba de pie, cantando y aplaudiendo. Juré que a la salida me las pagaría, me desquitaría por no ser en realidad mi amigo, por seguirles la corriente a todos, por no defenderme. Jamás le perdonaría lo que me estaba haciendo. Éramos amigos, nos intercambiábamos canicas, compartíamos el lonche y hasta le ayudaba a hacer su tarea para evitar que la maestra le diera coscorriones delante de todos y lo llevara jalándolo de una oreja hasta la esquina del salón para hacerlo repetir decenas de veces “soy un burro, no hago mi tarea”. A mí no me gustaba verlo ahí, repitiendo como tarabilla descompuesta esa frase que lo volvía cada vez menos inteligente. Y él, a las primeras de cambio, se unía a los demás, a quienes no me querían por sacar siempre buenas notas y porque la maestra me ponía de ejemplo. Aprovechaba esta primera oportunidad para atacarme como todo un traicionero. Definitivamente lo esperarí a la salida y me desquitaría. Pudimos haber sido amigos para toda la vida. Pero ya no. Nunca más.

Y Lupita, la que yo creía que iba a ser mi esposa cuando estuviéramos grandes, la Lupita que yo quería, aunque nunca se lo hubiera dicho. Lupita, la niña más bonita para mis ojos, que tiene el pelo del mismo color del de mamá, largo y rizado. Ella también cantaba risueña. Jamás volvería a jalarle las trenzas, haciéndola correr detrás de mí para darme un pellizco, ni le dibujaría gatos con el número ocho, ni patos con el número dos, ni ratones con la letra “D” con mensajes graciosos. ¡Nunca más la volvería a querer!

Después de pasar por enfrente de todos, escuchándolos cantar felices y burlones, llegué hasta mi banca, dejé la mochila en el piso, saqué mi cuaderno y mi lápiz, puse los brazos cruzados encima de la paleta de la butaca, recargué en ellos mi cabeza y, avergonzado, me puse a llorar.

Los que limpian

Amarraron los fardos con alambres y nos cargaron uno en la espalda a cada quién. Éramos los elegidos. Alguien más lo decidió sin preguntarnos siquiera, si teníamos ganas de buscar el lugar en dónde enterraríamos esos bultos. Pero no había vuelta atrás. Lo dijeron muy claro:

—Ustedes los llevarán.

—¿A dónde? ¿Cuál es el lugar?

—No sabemos. Ustedes lo irán sintiendo.

Antes de empezar el recorrido no deseábamos caminar sin un mapa con el cual guiarnos, sin algunas señas de por dónde irnos, soportando la carga de la que no éramos responsables. Pero nada nos dieron y la orden de llevar los fardos fue contundente.

Confundidos, aligeramos el paso para salir pronto de aquel lugar amurallado. Los demás ya estaban descansando, después de haber estado en el mundo por todo el tiempo que les duró la vida. Ellos, unos momentos antes, hicieron un montón en el centro, pusieron todos sus arrepentimientos, los pensamientos convertidos en el mal causado a otros y a ellos mismos y colocaron ahí también las palabras retorcidas que endurecieron su lengua. Después se fueron, respirando aliviados, desvaneciéndose en cada suspiro hasta convertirse en nada.

A nosotros nos llevaron hasta ahí cuando los fardos ya estaban repletos de todas las cosas dejadas por los otros. No sabíamos exactamente cuál carga nos tocó ni de quién era.

Nos fuimos con el bulto en la espalda, pensando en dejarlo en un barranco, en algún hoyo, en cualquier parte. Sería fácil

perdernos en las tinieblas en donde dormía la noche, pensamos, para después romper los bultos y dejar ir aquellas cosas tan pesadas, tan oscuras. Y verlas perderse en la bocaza negra del cielo.

Caminamos en silencio sin encontrar el lugar adecuado para deshacernos de aquel lastre. Estuvimos atentos a cualquier viento. En verdad, queríamos saber en dónde era el lugar apropiado; deseábamos llegar y dejar todo en el suelo, porque en ello estaba escondido el momento de nuestro propio descanso. A veces, el eco de algún pensamiento nos estremecía: “¿y si el lugar no existe y debemos cargar esto por siempre? ¿Y si nos engañaron?”. El silencio se volvía más espeso: todos pensábamos lo mismo. La duda se nos hacía remolino en el estómago, volteábamos hacia atrás para asegurarnos de que la mirada lejana de quienes nos enviaron ya no alcanzaba a vernos. Pero sus ojos nos seguían muy de cerca, como si los trajéramos arrastrando, amarrados con un mecate a nuestro andar. No podíamos verlos, pero los sentíamos.

No supimos cuánta distancia recorrimos. Traíamos perdidos los pasos, andábamos igual a las manecillas de un reloj al que nunca se le acaban las horas. Las rodillas se nos vencieron y terminamos con las piernas dobladas en medio del bosque oscuro. Quisimos descansar, pero enseguida preferimos levantarnos y seguir cualquier rumbo. Así, llegamos hasta el lugar de las espigas. Los pocos arbustos, la hierba y hasta las piedras, encontraron la manera de defenderse de alguna constante amenaza que nosotros no alcanzábamos a ver. Todo era filoso en ese lugar. Las ramas, como uñas puntiagudas saliendo de todas partes, se nos encajaban en el cuerpo haciéndonos agujeros en el pellejo.

Continuamos la marcha con desgano, con las preguntas rebotándonos en la mente, haciéndonos ruido en la cabeza. Después de tantas horas largas, en una noche dilatada, llegamos hasta la orilla del mundo. Lo supimos así, de la nada: ese era el espacio para dejar los bultos, porque no había más lugar por dónde caminar. A partir de ahí se extendía una lejanía helada y oscura en donde ni siquiera existían rastros de nada. En donde, si hubiéramos intentado dar un paso, seguramente el pie se nos hubiera perdido.

Aullaba el viento como si le doliera ser viento y andar por todos aquellos lugares en donde al pasar se le atoraban pedazos de su ruido. El frío nos congeló las palabras. Nos detuvimos, volteamos hacia todos lados, después nos miramos y asentimos con la cabeza. No podría ser otro sitio el destino buscado.

Pusimos los bultos en el suelo. Queríamos lanzarlos a esa osquedad y no volver a verlos, ni mucho menos, volver a sentir ese peso en nuestros hombros. Pero no nos atrevimos a interrumpir la tranquilidad de ese abismo tan apacible, tan dormido y despierto a la vez.

Cavamos un hoyo profundo. Al verlo, nos dieron ganas de permanecer ahí, entre los brazos abiertos de la fosa. ¡Era una locura! Pero no tenía razón de ser el volver otra vez sobre nuestros pasos. Ni siquiera sabíamos cuál era el rumbo del regreso. Así lo sentimos. La senda era larga y difícil. Quizá era preferible no volver. Nos empujaba la esperanza de desaparecer para siempre, para nunca más ser los elegidos. Así, se nos borraría de la memoria y del cuerpo aquella travesía.

Después de vaciar los fardos en el hueco, nos acomodamos a un lado y nos quedamos dormidos. Despertamos en otra noche.

Al abrir los ojos vimos una fila de seres. Se movían inquietos, semejaban a una serpiente larga, movediza. Ocasionalmente, alguien más se agregaba al final, haciendo crecer la fila, volviéndola interminable. Uno a uno, se deshacían de las cosas guardadas por años, las colocaban en el centro de un lugar amurallado formando una pila alta. Afuera esperábamos nosotros. Fuimos llamados. Éramos los elegidos y estábamos nerviosos. No sabíamos con exactitud para qué nos trajeron. Solo presentíamos un recorrido largo, como si hubiéramos soñado con ello, como si el olvido se hubiera mojado las manos y nos lanzara a la cara gotas de agua con los dedos haciéndonos recordar un viaje largo, un cansancio muy viejo.

Casa de huéspedes

En el miedo la noche anda suelta: su cabellera larga crece negra en el cielo y llega hasta la tierra. Oscurece mi patio. Se asoma por la ventana, estruja los cristales ayudada por el aire; ronda en la banqueta jugando con una lata de lámina. Los recuerdos me alborotan el ladrido de los perros a lo lejos.

Desde hace semanas no logro conciliar el sueño y, cuando a ratos, cierro los párpados entumecidos, los siento acercándose. No son personas ni bestias. Son pedazos de almas idas, trozos de recuerdos negándose a ser olvidados. No tienen ojos y, sin embargo, pueden mirar el pensamiento, taladrar la conciencia, los temores; saben vislumbrar los días pasados. Andan desde una orilla a la otra de mis breves sueños. Acechan a pleno día. Rodean mi cama por las noches como si yo fuera un lago en donde ellos pudieran reflejarse.

Llegué hasta aquí huyendo de la desesperación de mis pulmones en su afán por atrapar una tajada de aire. Con un grito ahogado salí de la habitación en donde todos, con la mitad de su rostro cubierto, miraban alrededor mío con pesar, sin saber si podrían hacer algo más por mí. Un monstruo de patas delgadas hundía sus raíces en mi garganta.

Como la rotura de un capullo abriéndose, fue la luminosidad del día en el preciso momento de mi liberación. Estuve por última vez en el patio, asomándome por las ventanas. Escuché los lloros, las despedidas. Después, estuve caminando por horas hasta llegar a esta casa en donde he encontrado refugio lejos del olor de los remedios, de los ungüentos, de los jarabes pegados al paladar, a la lengua, tiñéndome de verde los dientes.

Mi cabello anda libre en el silencio de las horas, ha vuelto a ser un río espeso que se ondula con el aire. Llega la mañana fresca. Bosteza y resplandece. Inunda el patio de ruido de pájaros, de aroma a hierbabuena.

Encima de la claridad redonda del tapete los pies me trastabilan, su palidez se confunde con la felpa. Una línea de luz me cruza los tobillos. “El tapete es una luna” —pienso—, “he puesto los pies en la luna esta mañana”. Enseguida, la magia desaparece para dar paso a una sensación de mano helada en mi espalda.

Son los vigilantes acercándose.

Toman la forma de la sombra caída de los árboles al atardecer, se arrastran entre la tierra oscura, confundándose en las paredes con las manchas de polvo. No mencionan ninguna palabra, quizá solo conocen el inconfundible lenguaje de la presencia. Pero se acercan como si quisieran obligarme a salir de esta casa para no volver.

Descalza voy al jardín, recorro el pasillo de baldosas para llegar hasta la fuente. Toco el agua petrificada que se quedó quieta, dibujada en los bordes de la cantera. No hay siquiera lama ni insectos zumbándole por encima, solo trazos y trozos de su existencia. Cierro los ojos, un sol anaranjado me atraviesa los párpados, destella brillos de estrellas en mis pupilas. Me calienta la cara. La transparencia del día, me abraza.

Los pájaros se quedaron mudos un instante y solo escucho el siseo de sus alas en el fondo azul del cielo. ¡Qué largos son los minutos cuando nos toman en sus manos doloridas!

Las margaritas tienen la frente cabizbaja, los tallos cenizos, hojas casi marchitas. Les doy de beber, les dibujo laberintos en la tierra, les hablo. Una mariposa abanica sus pétalos amarillos.

En el fugaz parpadeo de la hierba, los presiento. Ellos están aquí, anclados, sus raíces escalan los adobes de las bardas, abrazan los techos, envuelven las piedras de los cimientos. Son las astillas de la memoria que, ocasionalmente, alguien nombra. Andan por toda la casa, sin cuerpo. Su olor a humedad vieja los delata. Los miro de soslayo: se mueven oscureciendo con brevedad el musgo verde trepado por las orillas de las paredes. A veces son el aleteo de los pájaros, otras, parecen jugar entre los huecos aluzados de las ramas mecidas por el viento. Quizá son el racimo de soplidos que mueve las hojas y hace danzar la luz del mediodía. Entiendo su incomodidad por haberlos sacado de su rutina.

Escucho ruidos en la calle: rumores, risas infantiles. Permanezco quieta. Los recién llegados golpean el portón. Con sobresalto, les hablo. Les pregunto qué quieren, pero no parecen escuchar. Doy algunos pasos hacia el ruido oxidado de las bisagras: plañen perezosas como si las acabaran de despertar de un sueño largo.

Un pedazo de la cara madura del día, se refleja en el pasto.

Las piedras lastiman mis plantas. Regreso. Voy hacia adentro de la casa, quizá necesite ponerme a salvo. Los miraré detrás de la ventana, esperaré con paciencia su partida.

Los otros andan por el corredor, se agazapan en los rincones. Percibo su sobresalto. No hablan y, aun así, me llaman. Voy hasta donde se esconden. ¡Somos tan iguales! Ellos también fueron humanos, pero su eternidad ha sido más larga. Son ahora hebras, cascarones desgastados.

Me quedo a su lado. Me amigo con ellos. Desde aquí observamos a los recién llegados. Absorta su mirada en el tejado.

—Habrás que reparar casi todo —dicen.

Con hojas de papel y lápices, entran y salen de las habitaciones haciendo un inventario de las grietas, de los rincones carcomidos, de las paredes por derribar. Pasan a nuestro lado, se alejan sin mirarnos y la piel de los brazos se les eriza. Voltean hacia atrás, luego continúan. Con sigilo, la noche desteje su trenza oscura, destella el brillo de sus cabellos, los deja caer hasta la tierra.

Los nuevos habitantes murmuran entre ellos: “nos miran, alguien nos vigila”. Se resguardan en una habitación. En su miedo, la noche va y viene haciendo ruido en la azotea, rasguños en los cristales. Las manos heladas de aquellos: trozos de sombra, se acurrucan cerca de mí. Juntos, ocultos detrás de las macetas sin flores, ayudados por la palidez de la luna en menguante, vemos cómo un par de niños traviesos corren por el pasillo detrás de una pelota imaginaria.

Abuela lluvia

En el camino, las matas de hierbanís enmarcaban el campo. El amarillo de sus flores jugaba en nuestras pupilas a esconderse entre la hierba para enseguida rozarnos la cara y entrar por nuestras narices convertido en aroma. Una bandada de patos huyó con el ruido de nuestras pisadas, dejó en el lago ondas extendiéndose hasta perderse en las orillas. Enredadas en la hierba las telarañas brillaban de rocío. Entre cantos, mi abuela y yo llegamos al huerto. Fuimos hasta ahí para esperar la lluvia. A ella le gustaba mirarla caer encima de los árboles, ver las gotas transparentes en las que, a veces, naufragan las hormigas.

—Si miras bien, la lluvia es una fiesta —decía. Y en sus ojos aprisionaba el fulgor del sol.

Ella olía a tierra mojada, a jarrito de barro. Contaba historias y en sus manos tenía el vuelo azul de los pájaros. Con el arrullo de su voz detenía los minutos. Me quedaba dormida en su regazo y era dulce el despertar al ritmo de sus cantos.

Ese día, en el cielo nublado, un relámpago abrió la puerta de la nube más grande. La lluvia salió como una manada de caballos desbocados para ir a rebotar en los árboles y en la tierra. Estuvimos quietas debajo de las ramas.

¡Era una danza el agua entre las hojas!

Con ruido de rocas destrozadas, un rayo partió de tajo un árbol en la orilla del huerto. Agazapada bajo las alas protectoras de la abuela, lo vi arder entre el cielo y la tierra. Su voz de llamada: crepitar de brasas, nos llegaba enredada en el olor a leña

ardiente. Árbol de fuego quemándose bajo la lluvia: visión de lo casi imposible. Esperamos hasta verlo apagarse.

Éramos cascadas por donde el agua corría dejándonos los hombros mojados, la cara lavada. Yo tenía la sensación de ser hierba regada por el cielo, arraigada a esa tierra que era nuestra, solo nuestra a pesar de todo. Aferrada a su mano, mi mundo era seguro.

Cuando la lluvia dejó de caer, fuimos hasta el árbol quemado a llevarle un canto de despedida. Pusimos una corona de flores alrededor del tronco chamuscado. Mi abuela aplaudía y cantaba, yo hacía lo mismo. Tenía un contagioso destello de alegría en el ruido de sus palmas al chocar.

—Wee Wewetwol, wee Wewetwol, nezmak mu Tlawill, nezmak mu tunal. We ya wee, yawee, yawee. We ya wee, yawee, yawee...

Después, acompañadas por un tibio regocijo y un profundo silencio, tomadas de la mano regresamos a casa, y al huerto, nunca más volvimos juntas. El frío se le anidó el pecho hasta helarla por completo. El rayo de la muerte le despedazó la vida, y sus ojos, que ardían, poco a poco se apagaron. Puse una corona de flores en su cabeza y me despedí con un canto aprendido de ella:

—Keman ne at pewawetzi kichiwa: chin, chin, chin... keman ka ikajku tikwini kichiwa: pom, pom, pom...

Ella se fue, pero en la memoria tengo anidado su rostro, su aroma, la tarde con perfume de hierbanís. Recuerdo su canto y el abrazo amoroso de la lluvia y el fuego.

Oráculo

Con tres palabras en un hatillo salí de ahí.

—No te alejes demasiado —le escuché decir a mis espaldas.

Volteé para mirarla. Su rostro se volvía opaco con el humo del incienso; contrastaba con la llama de la vela duplicada en sus ojos.

—Cambiar de ciudad no servirá de nada, ese caos que traes anidado dentro pronto despertará.

Sin responderle crucé la puerta decidida a dejar pasar mucho tiempo antes de volver a hablar con ella. Afuera el invierno se deshacía en jirones helados arrancados por el viento.

Hoy la mañana se rompió con el vuelo de los chanates. Sus plumas sueltas dibujaron una línea punteada encima de la nieve.

Tomo las letras de las palabras aprisionándolas en mis manos. Las arrojo sobre la mesa. Cuando están en el aire hay un mínimo momento de libertad en donde todo es probable. “¿Qué me habita?”, pregunto. Ante mí se muestra un desorden alfabético desperdigado como piedras en el campo. Observo atenta. Permanezco quieta escuchando el redoble de mi corazón, un eco copia su compás. Adentro me aletea el sobresalto haciendo ruido de vocales y consonantes.

Recuerdo la voz de ella y sus advertencias. El momento de pedirme elegir las tres palabras que serían mi guía para recorrerme por dentro y descifrar mi lenguaje interno. Con los ojos cerrados las pronuncio sílaba por sílaba y su sonido me retumba en el cuerpo. No son respuestas, comprendo, sino llaves, abrién-

dome en canal, dejándome al descubierto para mirarme en la imagen de mi propio espejo.

Un abismo de latidos se dilata en mi pecho. Nada hay más asombroso en este minuto que aprender a escuchar esta voz bajita: el susurro de los hilos de mi pensamiento.

Más tarde el silencio llega con su capa de sigilo, con sus guiños de misterio. Afuera el viento arrastra su aullido, acompaña al sol hacia el otro extremo. Quizás solo es mi sombra quien me habita. Acecha. Late. El sustento que permanece oculto: mano sembradora de realidades. Danza ciega de raíces anudadas tejiendo y destejiéndome con su baile de oscuridad.

Recojo de encima de la mesa las letras esparcidas y sus posibilidades. Antes de hacerlo parecen hablarme y un destello de la tarde rosa mi frente: no hay caos, pienso, sólo infinitas posibilidades de orden.

Por distintos caminos

El día en que ella se iría para siempre me levanté muy de madrugada, sudando frío y con el corazón acelerado. Apenas abrí los ojos, me paré de un brinco y con las manos temblorosas tomé los cerillos para encender la lámpara de petróleo. Busqué en un cajón un pedazo de espejo y, acercándome a la luz de la bombilla, revisé cada uno de mis dientes, sosteniéndolos firmemente y empujándolos hacia atrás y hacia adelante para comprobar que no tenían peligro de caerse.

Soñé a mis dientes desprenderse, formando una madeja dura. El sueño fue muy real, aun después de revisármelos, los sentía revueltos entre la lengua. Ya no pude conciliar el sueño. Sentado en el filo de la cama, después de largo rato, logré serenarme. Después, me recosté de lado cobijándome hasta la cintura. El frío de la madrugada me heló la espalda, pero no me moví. Con los ojos despiertos, tratando de entender, le daba vueltas al sueño como una mosca queriendo comerse un grano de azúcar.

Cuando el resplandor del día entró por la ventana me puse de pie, y descalzo fui hasta la puerta para abrirla, quité la tranca y escuché el ruido de la madera. Alcancé a ver las greñas enchiriscadas del sol por detrás de las colinas. El olor profundo de los pinos y los táscales recién despiertos, se me trepó de golpe en la cara.

Alimenté a los cerdos: se empujaban unos a otros cuando comían, todos buscaban la mejor mazorca. El revoloteo mañanero de los pájaros le daba voces a los pinos entre un escándalo de alas. La luz del día, escondida por un rato entre

los cerros más grandes, se asomó de nuevo, desparramó por todos lados una cobija luminosa, estampada de árboles, de tierra húmeda, de insectos entre la hierba y de los sonidos de un nuevo día apenas despertando.

Regresé a la casa para mirarla a ella, para decirle, otra vez, que no se fuera. Sólo movió la cabeza, y al rato la vi tomar su maleta y dejar el dibujo de sus pies en la vereda.

Todo se esfumó en un momento.

Una nube oscura pasando por encima de las cosas, arrastró de repente la claridad del día, dejó un color ceniciento esparcido como una plaga.

Ella se guardó en su prisa el perfume de su persona, el sonido de los platos de peltre mientras los lavaba en la bandeja de barro, su risa. Todas las palabras. Sus enojos, la mirada pequeña y asustadiza, y la tibieza de sus manos cuando tocaba mis barbas recién nacidas.

Se llevó sus esperanzas y también las mías.

Ella supo muy pronto que yo no abandonaría la paz de las piedras y de las montañas que se me queda en el alma de solo mirarlas. Ni cambiaría por nada, ni siquiera por ella, el calor de la leña quemándose en la chimenea ni el sonido del agua escurriendo en el manantial, tampoco las gotas de las hojas de los árboles tardando una eternidad para caer al pasto. No iba a querer ni a buscar ningún aroma distinto al de este lugar.

Ella lo sabía.

Aun así, lo intentó por mucho tiempo. Pero yo estoy aquí, sembrado en este pedazo de tierra como si fuera un árbol más. Si me fuera a otra parte mis raíces se secarían, se me acabaría el alien-

to y la risa. Ella, en cambio, quería ser un pájaro y abandonar todos los recuerdos de su infancia: los pies descalzos deshechos por las piedras, el pecho helado, sin abrigo.

No nos entendimos.

Cada uno nos asomamos por una ventana distinta, por un rumbo en el que los caminos no podían juntarse.

Ahora, aun estando en la misma tierra, me estoy marchitando como una hierba arrancada de la tierra. El desánimo no está en las cosas, sino en mis propios ojos. Arriba, las mismas nubes tienen ahora formas distintas: de bocas abiertas, de ojos asustados, de palabras y gritos haciéndose bolas en el cielo. Solo queda un vapor que se va corriendo con el viento.

Hoy la he soñado. Regresaba con el pecho lleno de flores, cargando mi alegría entre sus manos para entregármela completa. Yo sonreía, y mis dientes seguían tan pegados a las encías como las montañas a la tierra.

Buscando fuego

Solo buscábamos quitarnos el frío de encima. Fue creciéndonos desde los pies hasta llegarnos a las orejas, extendiéndose por todo el cuerpo como una boca hambrienta. El único lugar en donde aún teníamos un ardor, era en el pensamiento. Imaginábamos un fuego vivo crepitando entre las brasas y casi podíamos alcanzar con la nariz el olor de leña chamuscada y el de la hierba ahumándose alrededor.

Todos buscábamos lo mismo: cobijarnos, deshacernos de las punzadas cortantes de la piel agazapadas en cada poro, casi helándonos la sangre.

Al alejarnos, escuchamos un cascabeleo de agua en un río. No era cierto. Era el ruido de todo lo que se quedaba distante de nuestros pasos, pero nos embelesaba pensar que allá lejos, lejos, donde el aire le da la vuelta a su capa de soplidos, todavía estaba con vida la posibilidad de eso que creíamos oír.

Teníamos sueño. A veces ya no nos cabía en los ojos y se nos salía por la boca hecho bostezos. Nos poníamos entonces las manos en los labios para no dejar escapar ese mínimo calor brotando desde nuestros pulmones. Después cerrábamos rápido la boca para evitar congelarnos también por dentro.

Entre parpadeos y pesadillas nos perdimos de la marcha del tiempo. Sin estar seguros de estar vivos todavía o si eran solo nuestras almas las que buscaban un poco de calor, en ratos, adormilábamos los ojos para irnos y no volver. Para olvidar. Pero después los abríamos para que el mundo volviera a existir y seguir caminando.

Nos cansamos también de hablar. Callamos. El sonido de los pensamientos era escueto, como si habláramos por dentro, aventando nuestra voz en el hueco de una vasija redonda en donde las palabras chocaran contra sus paredes de barro y se hicieran polvo.

Venimos caminando desde la otra orilla, viendo pedazo a pedazo, cómo se iba tejiendo la trama de esta noche tan larga. A lo lejos, remolinos: culebras de polvo oscuro se levantaban. Y la vereda enfrente de nosotros, cubierta de hierba casi negra, refulgía de vez en cuando con el poquito brillo que nos brincaba de los ojos.

En los campos pisados por los otros había caminos hechos con los dedos del aire. No los seguíamos. Íbamos de aquí para allá, inventando nuestros propios pasos, cuidando de no repetir atajos que pudieran extraviarnos como les sucedió a tantos. A muchos de ellos los encontramos en su regreso.

—No vayan —dijeron—. No hay nada ahí.

Pero no les hicimos caso. Sus palabras solo sirvieron para aferrarnos más a la idea de continuar, porque desde donde veníamos, tampoco había nada. Y se los dijimos. Pero ellos no lo creyeron.

Era la hora de creer lo que a cada quién le diera la gana. De decidir según el latido marcado en sus adentros y el momento de desconfiar de los que nos hablaban de sus propias andanzas. Por eso, al encontrarnos con ellos, solo nos platicábamos rápido las cosas que unos y otros recordábamos de las historias tantas veces escuchadas en la voz de los viejos, cuando decían de la existencia de un lugar en donde las piedras arden. Y seguíamos andando.

No sabíamos si llegaríamos hasta estas piedras quemadas, desprendidas en pedazos de esa montaña, aventando chispas de repente como si estuvieran contentas de ayudarnos a tibiarnos las manos. Solo nos mantenía de pie las ganas de que existieran, el ánimo de verlas y darnos cuenta de que esas historias, platicadas como si fueran solo un cuento inventado por ellos, encerraban verdad.

Si nos hubiéramos detenido diciendo: “hasta aquí llego yo, sigan ustedes” o “hasta aquí llegamos, no podemos más”, no hubiera tenido sentido. Lo único por hacer era seguir andando sin importar que los pies se nos desmoronaran junto con los anhelos escondidos en el estómago vacío.

Ahora, estamos aquí. Después de tanta distancia, llegamos.

Y esperando el momento en que la oscuridad retorne a su guarida para desocupar el cielo, dibujamos con palabras los caminos andados y las señas de estas piedras encendidas para recordarlos siempre y platicarlos como si fueran cuentos inventados por nosotros, por si acaso, alguna vez, esta noche fría regresa.

Danza de gato

Como sombra te apareces en mis sueños. Negro, sigiloso: eres un baúl, encierras profundos secretos. Me miras y parece atravesar mi cuerpo para ver allá en donde se anidan mis temores. Hace años dejaste un hondo rasguño en mi brazo y fue el surco en donde germinó mi miedo. Ahora florece en las noches de viento y sus flores son negras, igual a tu pelaje, profundas como el ojo abierto que se esconde detrás de tus ojos.

¿Acaso te engendró la noche para vigilar mis pasos? ¿O eres, gato, la sombra del monstruo acechando mi espalda?

Precisé desde entonces estar alerta a tu andar por los rincones. Amarrar un tintineo a tu cuello. No eres feliz con ese ruido, pero tampoco lo soy yo con este miedo.

Amanece. Brincas de mi sueño hasta el patio: te repites. Te lames las patas, te revuelcas el lomo en el pasto. Equilibras tus pasos en el filo de la barda. ¡Si eres un crío! Gatito de gestos azorados. Retozas, das vueltas, giras la cabeza, juegas con la sombra de tu cola, la persigues sin alcanzarla. ¡Y pensar que algún día creí en tu ingenuidad!

Cuando eras el guardián de las visiones, enseñoreabas los tejados. Eras el amo del viento, rasgabas los velos de la duda. Lo sabías. Y mi mundo era seguro porque tú estabas. Pero te confundiste con la noche, en su misterio y entre los enramados de lo oscuro te perdiste. Tu pelaje se tornó más negro. ¿En qué momento tus intenciones se tiñeron oscuras si eras sagrado?

Corres por la azotea con pasos inaudibles. Astuto, me miras antes de lanzarte a los brazos del árbol. Sí, lo sabes: si te atrapa iré a rescatarte.

¡Gato! ¡Mi negro gato negro!

Me asusta tanto silencio.

Es mejor verte vagando por mis días, por las noches de mis pesadillas. Quiero tenerte aquí para que me digas con tus maullidos, qué mundos percibes, qué ves con la herida de tu pupila, cómo se parte la realidad en tu mirada. Quiero seguir observando cómo das un paso en el suelo y otro en mis sueños; cómo deambulas silencioso en los mundos empalmados, en las grietas abiertas, imaginar no ser la única que contempla la desolación de este vacío.

¡Hay en ti tanto misterio, gato!

Eres un cofre cerrado, llaves son tus uñas y el rasguño en mi brazo, el telón cayendo herido para dejarme ver la otra orilla, el otro espacio.

Danza ahora, gato, en la luz quebrada de la ventana, entre el polvo dorado de esta tarde relame tus patas; espanta con tus pasos al viento y al murmullo que aturde mi oído. Vuelve a traer la algarabía, también la calma y cuando todo esto termine te prometo quitar presurosa el cascabel de tu cuello: martirio que te embarga. Permitiré te deshagas igual a una madeja por el suelo, que te destejas para ser aire, para ser nada. Velaré la quietud de tu reposo, seguiré las migajas de tu huella y te detendré, negro, reluciente: volveré piedra tu memoria para llevarte conmigo hasta mi última morada.

Pero ahora, no te vayas.

Sigue danzando en mi cabeza, en mis ojos cerrados. Mira primero el camino y mueve las patas. Te seguiré, lo prometo. Y cuando el miedo me mire a la cara, lo comeré a grandes mordidas, lo beberé como leche, como agua. Y tú desgranarás el cielo oscuro, rasguñarás la noche para quitarle la dura máscara y dejarme ver la vastedad de colores.

Danza, gato, danza. No te detengas a mirar la nada. Encima de tu lomo erizado puedo ver cabalgar otro mundo, el mismo que en tu oreja atenta retumba, el mismo que entre latidos apresurados en mi pecho se desgrana.

Las sombras

Yo estuve ahí.

Vi la luna ascender y a la lechuza permanecer inmóvil.

Pude observar cómo ellas, en grupos pequeños, subían por la barranca con sus velas encendidas a punto de apagarse, con sus jorongos oscuros haciéndolas parecer bultos y el pelo enramado, libre al susurro de la madrugada.

Nadie me lo ha contado. Las vi.

Las observé hasta perderse entre matorrales y arbustos, hasta que sus brazos se convirtieron en alas y sus bocas en picos. Yo estaba en silencio, agazapado detrás del tronco del pino. Ellas seguramente sentían mi mirada, pero no voltearon hacia atrás; lo único importante parecía ser su propio paso y su llegada.

Se separaron de pronto. Eran pedazos de noche desprendidos de la negrura, yendo a pararse en las grietas al pie del cerro. Despojadas de sus propios cuerpos, convertidas en cuervos, presenciaron el sacrificio de la montaña partiéndose para dar paso al nacimiento del día.

Salió el sol, todo el campo renació.

Ellas ya no estaban.

Se fueron. Se llevaron en sus alas la oscuridad y sus huellas.

Condenado

—Mírame —le dijo el cuervo—. Tengo el remedio, sígueme. — Enseguida voló hacia la izquierda, se perdió en lo negro del bosque.

Bernabé despertó con sobresalto.

—Ojalá esto no hubiera sido un sueño —lamentó en voz alta—. Si existiera una forma para dejar de mirar la desolación del mundo durante el día y las pesadillas en la noche, la tomaría sin dudar.

Las imágenes en su mente, vívidas igual a una hoguera, lo hacían desear no haber abierto los ojos, seguir al pájaro negro hasta donde se anidara. Eran las tres de la madrugada. La llama de la vela seguía encendida, chisporroteaba, por momentos casi parecía apagarse. Bernabé se puso de pie, avanzó hasta quedar parado enfrente del espejo. Con la poca luz tambaleante, la mitad del rostro parecía deforme. Se mojó el cabello con agua fresca para mitigar el calor sofocante del verano, después deambuló algunos minutos a lo largo del pasillo. Escuchó el chirrido de los grillos, el llamado de los pájaros nocturnos atravesando el silencio de la lóbreguez sin luna. Se asomó al patio, enseguida volvió a la cama. Permaneció en posición fetal, inmóvil; con la mirada repasó las grietas en la pared una y otra vez.

El sol lo encontró desnudo, indefenso entre las sábanas, parecía un gusanito encima de hojas de rosal.

Se enderezó con desánimo, la noche fue larga, como si para él se hubiera cumplido la profecía de los tres días de oscuridad. Miró hacia todos lados. Vio deslizarse ánimas en pena al trasluz de la ventana. Se obligó a observarlas con atención: le parecieron garabatos rayados en las páginas de un cuaderno; montoncitos

de hebras oscuras, hechas nudo. “A lo mejor buscan sus orillas para empezar a destejarse y desaparecer”, pensó.

En el estómago le creció un vacío, el sudor en las manos delató el temor por no poder encontrarles los ojos, en su lugar tenían una oquedad profunda, infinita, quizás. “¿Qué pecado tan grande habrían cometido como para vagar por siempre de un lado a otro sin poder mirar siquiera el camino? Un gran misterio, sin duda, se esconde detrás de la ceguera de esas almas”, pensaba.

Sin importar hacia donde volteara, permanecían ahí, estaban en todas partes. Deambulaban sin percatarse de su presencia. Parecían seguir un camino largo en donde confundían los pasos cientos de veces sin descanso. No las percibía amenazantes, pero sí le abrían en el pecho un pozo de incertidumbres.

Maldijo la hora en que le dieron el encargo, también el momento de negarse a cumplirlo. Recordó el vislumbre del rayo, el rasguño quemándole la frente y las palabras de la nahuala:

—Ahora eres un granicero, hijo. Usa bien tu don. Evita las tormentas innecesarias. Si no lo haces, deberás temer la justicia de la naturaleza. El abuelo te instruirá con calma en tus deberes.

Con el rechinar de dientes, la indignación de Bernabé era indudable. No tenía interés por creer en estupideces. Él era de los pocos en el pueblo que sabían leer y escribir, se sentía lejos de supersticiones de viejos ignorantes. ¿Cómo sería posible hacer llover? ¿Cómo darle órdenes a las nubes? ¡Ni pensarlo! Él creció lejos del anciano, desconocía la sabiduría de los antiguos, tampoco le importaban las creencias ni tradiciones. Despreció las verdades de sus ancestros para ir a refugiarse en un lugar en donde no había trazas del pasado de su pueblo.

Dejó los campos sin lluvia ni viento por largos periodos. No movió ni un dedo cuando se incendiaron los bosques y la hierba se cubrió de ceniza.

Gustoso podría entregar el supuesto don a quien lo deseara, pero eso era imposible. Él fue quien sobrevivió al rayo. Era el elegido. Pero no hizo caso. Ignoró lo que se oculta detrás de la creación y sus mandatos.

Fue por marzo cuando los sueños en blanco y negro lo visitaron por primera vez y nunca más lo abandonaron. Al despertar parecía continuar el sueño, igual que ahora: veía deambular a las ánimas en una negrura insondable. En un parpadeo el rostro se les borraba, se volvían un deforme manchón de humo sobre un lienzo de árboles chamuscados. La realidad se tornó parda para él. Era el precio de la desobediencia.

Abrió las cortinas, buscó la luz. Una cascada sombría se deslizó por el piso inundándole los tobillos. Corrió golpeándose contra las paredes. Le advirtieron de las consecuencias de negarse a utilizar la gracia otorgada, pero nadie lo preparó para enfrentarlas. Al escucharlo pronunciar un “no” tajante, se alejaron de él.

Trastabillando salió al patio. Debajo de las sombras del árbol, uno tras otro, los descarnados deambularon. Más arriba de su cabeza, en el cielo gris, los nubarrones liberaron la tormenta. Al terminar la tarde, la llovizna suave danzó encima los charcos. Bernabé, vencido por el cansancio y el miedo, intentó dormir. Las palabras de la nahuala le retumbaron en los oídos, tenían el mismo estruendo del rayo.

—Con las cosas del Principio no se juega, hijo. Son sagradas. Eres un granicero, acepta el don.

Siguió negándose.

En las pesadillas conoció al cuervo: lo vio desprenderse de la copa de un pino viejo como si fuera una rama alada. Vino a pararse en su hombro izquierdo.

—Sé lo que buscas. —Creyó escuchar la voz del ave—. Aquí no encontrarás tranquilidad. Verás estos paisajes hasta morir. Te ofrezco mi ayuda, si quieres.

Le miró atento el pico cerrado. Esas frases debieron provenir de otro lugar.

—¡La acepto! —dijo sin titubeos—. Así, al menos, al dormir no veré más este infierno.

—Hay una condición.

—No quiero escucharla. Nada es peor que mirar noche y día la procesión de las almas.

—Bien. La escucharás luego.

El cuervo se posó en una rama, enseguida, fue directo hacia él. Con un par de hábiles movimientos ensayados por siglos le sacó los ojos, se los llevó al amo. Él los tomó con agrado, le ofreció un gusano vivo como recompensa. El cuervo lo aceptó, agradecido. Después de saborearlo regresó hasta donde estaba Bernabé, caído en el suelo. Dentro de aquella pesadilla, los caminos se perdieron. No quedó en su ser ni una rendija por donde algún atisbo luminoso pudiera colarse.

—Haz de saber que no despertarás. Esta es tu nueva morada. —Y voló tan alto como pudo.

Destejida

Con los pies descalzos, Enedina tanteaba las piedras al caminar por el río. Una serpiente mordió su pantorrilla y, de inmediato, un hilo rojo empezó a correr por el agua cuesta abajo hasta caer y perderse en la cascada.

De Enedina sólo encontramos su ropa mojada y el collar que usaba para protegerse de la mala suerte.

La madeja que fue, se destejió.

¡Sabrá Dios hasta dónde habrá alcanzado su hilo!

Índice

| | |
|------------------------|----|
| Prefacio | 9 |
| Atrapadas | 16 |
| Hija de la jarilla | 20 |
| Espejos | 25 |
| El pan | 28 |
| La mujer de los sueños | 32 |
| Las que alimentan | 34 |
| Ena | 37 |
| Los rosarios de mayo | 42 |
| La maraña | 46 |
| La noticia | 48 |
| Abismada | 52 |
| Metamorfosis | 55 |
| Al mediodía | 57 |
| El viento que hoy eres | 60 |

| | |
|----------------------------|-----|
| Golondrinas | 65 |
| Lumbre y pan | 69 |
| Descubierta | 71 |
| La búsqueda | 74 |
| El que siempre llega tarde | 77 |
| Los que limpian | 81 |
| Casa de huéspedes | 85 |
| Abuela lluvia | 89 |
| Oráculo | 91 |
| Por distintos caminos | 93 |
| Buscando fuego | 96 |
| Danza de gato | 99 |
| Las sombras | 102 |
| Condenado | 103 |
| Destejada | 107 |



www.pech.icm.gob.mx

PRIMERA EDICIÓN

AÑO 2023

Buscar un resquicio en la fantasía, una grieta para mirar y descubrir las infinitas posibilidades del mundo, nos conduce a revelar otros colores, más sonidos. Con los ojos cerrados tocamos sus hilos. Se tejen paisajes de letras: cuevas oscuras, mares, arena, aire.

Como estampas de mundos diversos, las historias de este libro nos transportan hasta los lugares en donde lo inesperado es posible. El entorno rural es el marco en el que los personajes nos comparten sus sueños, anhelos y la pieza que les hace falta para conformar su espacio. Algunos caminan, buscan, imaginan. Huyen. Y a cada paso dejan la huella de su voz o la herida de sus silencios.

En claroscuros atizados con memorias, el tiempo camina de puntitas entre los reglones, nos acerca susurros felices, asombrados, dolorosos o con un misterio contenido. El azar y el destino se confunden. Palpita la magia cobijada en estas páginas alumbrados con la luz de *“...los salmos y tonos en que habla la luna en cada una de sus noches...”*.



Colección
Con trayecto

www.pech.icm.gob.mx

